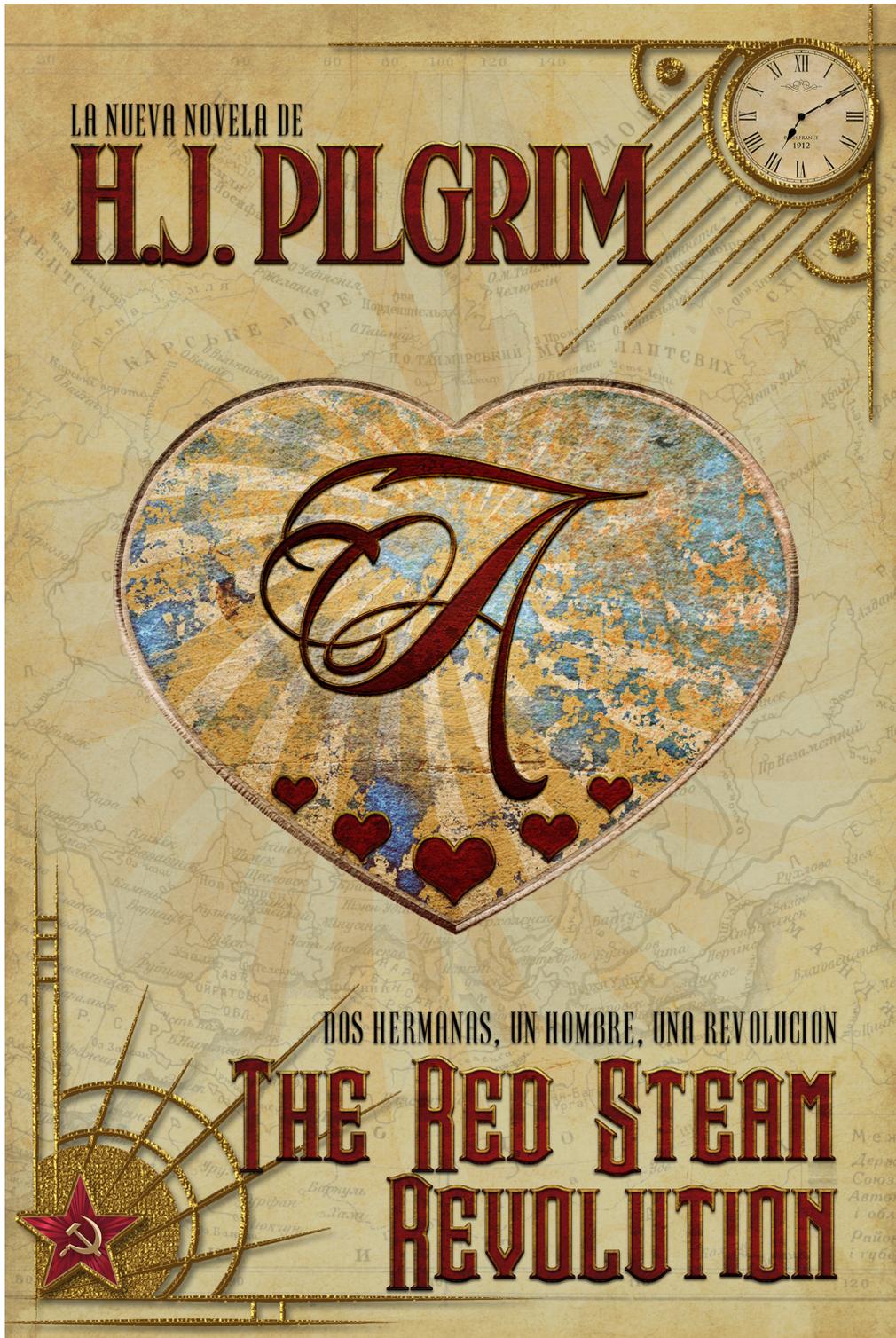


The Red Steam Revolution

H.J. Pilgrim



Capítulo 1

Image not found.

Capítulo 1

Frío. No podía sentir otra cosa que no fuera un frío desgarrador. Abrió los ojos y se encontró con que estaba acostada sobre la nieve. Sus ropas se habían mojado por los copos que se habían derretido por su menguante calor corporal. Vestimentas raídas, gastadas por el desmedido uso y repetidos lavados, remendadas hasta que no era más que un conjunto de retazos de diferentes telas en las que se hacía imposible recordar cuál era realmente la pieza primigenia que había compuesto el vestido. Sus gruesas medias de color negro estaban rotas a la altura de sus rodillas sangrantes. Los zapatos marrones de piel vuelta, habían visto días mejores, uno estaba en su pie izquierdo y otro estaba a unos metros delante de ella.

Se incorporó y un punzante dolor de cabeza la paralizó. Se tocó en el punto en donde el occipital y el parietal se unían. Notó un fluido viscoso. Llevó sus dedos delante de sus ojos y halló sangre. Sintió que algo le apretaba la garganta. Era su bufanda agujereada de lana color gris. ¿Le

habían intentado ahorcar con su propia bufanda?

Miró su huella en la nieve con la mancha de sangre en la cabeza. Era profundo el hueco que había dejado. Había nevado sobre ella durante su desvanecimiento. Trató de recordar las últimas horas, pero no logró más que un nuevo pinchazo dentro de su cráneo.

—¡Oh, Dios! —gimió en ruso llevándose las manos a la cabeza.

Una vez desapareció, volteó lentamente la cabeza para ver dónde se encontraba. No veía nada más que árboles y pasto cubiertos de nieve. Era difícil encontrar nada que fuera parecido a un camino; no obstante, avanzó en una dirección fija al azar hasta que percibió el sonido de algún motor que se aproximaba a su posición. Corrió a toda velocidad hasta que salió a un claro con una calzada definida. El rumor fue creciendo hasta que, de una curva, apareció un gran tren a toda velocidad. Apenas fue capaz de echarse a un lado que el tren la cubrió con la estela de nieve que expulsaba la locomotora de vapor alimentada a carbón.

Siguió con la mirada como se perdía por otra curva. Decidió caminar a la vera de las vías en el mismo sentido. No tenía mejor opción. Esperaba que hubiera alguna estación no muy lejos de allí.

Recorridos un par de kilómetros, y desde una colina descubrió una ciudad de poco más de setenta mil habitantes flanqueada por un par de lagos y atravesada por un amplio río, iluminada por unos pocos rayos de sol que escapaban de unas densas nubes.

Percibió un ajetreo fuera de lo normal mientras se acercaba a las afueras. Había varios escuadrones de soldados patrullando las distintas entradas. Parecían estar buscando a alguien. Nerviosos. Muy nerviosos. Oculta tras un árbol, vio como paraban a una joven pareja y les pedían los papeles.

—Sí... sí, señor, de inmediato —balbuceó asustado el caballero mientras buscaba frenéticamente en sus bolsillos. Sudaba profusamente y cuando miró al soldado parecía querer morirse—. No... no... los encuentro señor. Me temo que los dejé en casa...

Sin mediar palabra el militar abrió fuego contra los dos con su fusil y los remató a bayonetazos.

La joven comenzó a rebuscar en sus bolsillos (la mayoría agujereados) por alguna identificación sin fortuna. Por no tener, no tenía siquiera un papel con el que sonarse los mocos.

—¿Quién... quién soy? —se preguntó mientras se miraba las manos

enguantadas con algunos dedos desnudos.

Retrocedió y trató de buscar otro camino para entrar en la ciudad. No podía arriesgarse a que la encontraran y la asesinaran como a aquella pareja. ¿Podría ser que la estuvieran buscando a ella? O, ¿sería una simple casualidad que se encontrara sin documentos y con evidentes signos de haber sido atacada? Aunque, qué sentido tenía que lo hicieran. Por sus pintas, no era más que una campesina o, en su defecto, una pordiosera. Sus uñas parecían haber sido comidas, sentía sus manos sucias y ásperas. Se notaba mugrienta. Si se olía, el rancio olor a sudor la hacía asquear. Además, quien quiera que hubiera tratado matarla, no había hecho un buen trabajo, por fortuna.

En cualquier caso, no era la mejor idea acercarse a aquellos asesinos. En breve atardecería y con las sombras podía tratar de infiltrarse. “¿Por qué entrar aquí?”, se preguntó. “Puedo seguir las vías y buscar otro sitio a dónde ir”. Era una duda razonable. El peligro que entrañaba aproximarse a cualquier camino que la introdujera en la ciudad era muy alto. Su estómago pensó otra cosa. El rugido le hizo cuestionarse cuánto tiempo haría que no había probado bocado. “No puedo aguantar días así. Tengo que conseguir algo para comer”.

Vagó entre los árboles y escuchó pasos a pocos metros por delante de ella. Frenó. Se asustó al ver las huellas que había dejado en la nieve durante su caminar. Hasta un ciego podría seguirlas y encontrarla. Dos soldados aparecieron mientras ella se escondía tras un grueso pino y rogaba al cielo por que no la vieran.

—...si no la encontraron todavía, no lo harán nunca.

—El teniente nos cortará la cabeza a todos si no tenemos, aunque sea, una pista a medianoche.

—No entiendo como una niña ha podido escapar de Ipátiev.

—El teniente y sus hombres se confiaron en exceso por eso mismo: la apariencia de niña desvalida. Pero nada más lejos de la verdad.

—Sigo sin creerlo. Alguien debe de haberla ayudado. Aunque hubiera escapado de la celda, no es posible que saliera de la prisión sin un cómplice.

—No me gustaría estar en la piel de quien la haya ayudado...

La pareja se alejó. Mientras la joven casi no albergaba dudas de que ella era a quién buscaban. “Tengo las pintas de una persona que ha sufrido cárcel. Desde las ropas hasta mi higiene”, recapacitó. “Ahora bien, ¿qué

hice?”.

Esa pregunta la intrigaba. Lo que más le preocupaba era el hecho de haber sido liberada y después dejada por muerta en la nieve. “¿Quién haría algo así?”.

—Date la vuelta, lentamente.

La voz la sobresaltó. Se le cayó el alma a los pies. La habían encontrado. Tampoco había sido muy difícil. Se giró muy despacio. Casi le llevó medio minuto completar la maniobra. Una vez frente al soldado notó unas frías lágrimas bajar por sus mejillas. No quería morir. No sabía que había hecho, pero no quería morir.

El soldado era un hombre de unos cuarenta años, barba rubia y rizada, al igual que su pelo que se vislumbraba bajo el gorro calado que le tapaba las orejas de un color marrón amarillento, a juego con la larga casaca que le tapaba las rodillas y sólo permitía ver las botas negras de cuero. La bayoneta le apuntaba al rostro. Por la posición del cerrojo dedujo que estaba cargada.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —dijo mientras bajaba el arma—. ¿Entiendes lo peligroso que es? Tendrías que estar de camino a Alemania.

—¿Qui... quién eres? —preguntó ella. El soldado no parecía entrañar una amenaza cosa que la calmó un poco. Por la forma de hablar, la conocía. Más que eso. Si seguía con la teoría que ella era a quién buscaban, eso lo convertía al soldado en quien la había ayudado a escapar.

—Espera, ¿no te acuerdas de mí? ¿Sabes quién eres? ¡Dios! Un momento, ¿es eso sangre? —se acercó a ella, pero instintivamente la joven retrocedió asustada—. No tengas miedo, por favor. Déjame mirarte.

Dubitativa, volvió la cabeza y dejó que la revisara. La tocó en la herida y ella ahogó un grito.

—Perdón, perdón. Es un feo golpe el que te dieron. ¿Por qué no está Boris contigo? Tendría que haberte alejado de aquí —no recibió respuesta—. Realmente no sabes quién eres. Maldita sea.

—Por favor, dímelo. No entiendo que está pasando, por qué me buscan o qué es lo que hice. ¿Soy una criminal?

—No. Por supuesto que no. Salgamos de aquí. Cuando estemos en una cabaña que hay a un par de kilómetros de distancia, te contaré todo.

—Al menos dime mi nombre.

—Anna, te llamamos Anna.

La noche ya era total cuando llegaron a una sólida estructura construida con madera y cemento, que habría sido imposible de hallar si no se sabía dónde estaba. El soldado abrió la cerradura y le indicó a Anna que entrara. Con los postigos cerrados, el hombre sólo se atrevió a encender una triste lámpara de aceite que apenas lograba iluminar el salón con una chimenea sucia por el hollín, un desvencijado sofá, una mesa de madera manchada por alguna sustancia oscura y una alfombra agujereada.

—Bueno, ¿puedes decirme ahora algo más que mi nombre?

—No te dije que fuera tu nombre. Dije como te llamábamos. No teníamos permiso para saber tu verdadera identidad, así que nuestros superiores nos ordenaron que nos refiriéramos a ti como Anna.

—¿Quién soy? ¿Qué hice?

—Si te digo quien eres, no habrá vuelta atrás. Ahora, te puedo llevar a cualquier pueblo perdido de Europa y serías una humilde rusa buscando una oportunidad. De otra forma...

—Por favor —suplicó Anna.

Al parecer conocer la verdad podía ser muy peligroso para ella. Pero vivir una mentira sin saber quién era, era algo a lo que no estaba dispuesta. Viviría con las consecuencias de sus acciones. Si tenía familia, amigos, un hogar quería saber de ellos. Podría seguir ese plan de vivir en algún lugar perdido del mundo siendo una emigrante rusa una vez las cartas sobre la mesa. Y, tal vez, cuando las cosas se tranquilizaran, volvería con los suyos.

—Está bien. ¿Sabes en qué año estamos y dónde?

—Rusia, pero no sabría decirte si en mil novecientos dieciocho o diecinueve.

—Concretamente en las afueras de Ekaterimburgo en el año mil novecientos diecinueve, veintiocho de enero. ¿Algo más? ¿Sabes que ha estado ocurriendo en el país durante estos últimos años? —Anna negó con la cabeza—. Hace casi dos años que estalló la Revolución rusa. El zar Nikolái II fue obligado a abdicar del trono del imperio ruso. Desde

entonces hemos estado de revolución en revolución, luchando por un gobierno que se asiente en el poder. Esta zona estaba controlada por el ejército rojo de Lenin y Trotski, quienes de momento gobiernan el país. Hay mucha violencia en toda la geografía rusa. Están los zaristas por un lado, los bolcheviques por otro y los campesinos también. Es peligroso encontrarse con cualquiera de ellos.

—Gracias por la clase de historia. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Si los zaristas supieran de tu existencia eso podría suponer golpe de efecto para volver al poder. Y hay nuevos jugadores en el panorama que pueden tratar de aprovecharse de eso mismo.

—¿Por qué iba a ser yo tan importante para nadie? ¿A no ser que fuera una...?

—Exacto. Te llamábamos Anna, porque no se nos podía decir que tú eras la Gran Duquesa Anastasia Nikoláyevna Románova.

Capítulo 2

Image not found.

Capítulo 2

—Esto es una broma, ¿no? —preguntó Anna entre la sorpresa y el descrédito. ¿Cómo iba a saber un soldado como ese quién era ella?

—Mucho me temo que no.

—¿Cómo diablos sabes que soy yo An... la hija del zar? ¿Qué te hace estar tan seguro de eso? Te podrían haber mentido. O ser una leyenda. Además, ¿para qué puedo servirles yo? El resto de mi familia es más útil que yo.

—No puede pasarme esto a mí —replicó preocupado el soldado—. ¿Ni de eso te acuerdas?

—No me acuerdo de nada, ¡por Dios! No me hagas repetirme cada cinco

minutos —replicó enojada.

—No quiero ser yo quien te recuerde algo así.

—Recordarme qué.

—Toda tu familia fue... fusilada... Están todos muertos...

Anna no sabía cómo sentir. Si ella era esa mujer, habían asesinado a su familia. Pero no tenía recuerdos de ninguno de ellos. "No. No puede ser", pensó. "Está equivocado. Yo no soy de la realeza". Aun así, el sentimiento de que su posible familia estuviera muerta, provocó que de sus ojos cayeran unas pocas lágrimas. Tal vez, en lo profundo de su alma, de su consciencia, esa persona estaba reaccionando. ¡Qué situación tan extraña!

—Por qué me dejaron vivir... Por qué a mí y no a cualquier otro... ¡Cómo estás seguro que yo soy Anastasia!

—Yo serví como guardia imperial, su Excelencia. La vi crecer durante todos los días de mi servicio y no podría confundirla con nadie. Lo siento, realmente no desearía haberle dicho nada de eso.

—Sigue tratándome de tú, por favor —pidió Anna. Hizo un esfuerzo por tratar de recordar su rostro, pero una nueva punzada la hizo caer de rodillas.

—¿Se encuentr... estás bien? —preguntó mientras le ayudaba a ponerse en pie. La condujo hasta el sofá y la acomodó suavemente, recibiendo una crujiente y peligrosa queja.

—El golpe en la cabeza. Cada vez que quiero pensar... pareciera que me va a estallar.

—Tienes que descansar... Anna. Mañana estarás mejor.

—¿Me lo contarás todo?

—Sí, lo haré. Aunque todavía hay mucho que tal vez no te guste.

—Peor que la muerte de... de mi familia, no puede ser.

—Yo tengo que volver a la prisión. No quiero que sospechen de mí.

—¿Quién era ese tal Boris del que me hablaste?

—Un sargento del ejército blanco. Gente que estaba a favor de tu familia. Yo te iba a sacar de Ipátiev y llevarte a Boris para que te condujera a una

casa franca para dejar Rusia. Visto como terminó todo, no creo que él esté bien. Viste algún rastro...

—Nada, cuando me levanté sólo estaba yo. Aunque tal vez la nieve lo podría haber cubierto.

El soldado la vio temblar. No se había dado cuenta que tenía sus ropas empapadas por la nieve. Si no encendía un fuego, podría morir de hipotermia. No habían corrido tantos riesgos para eso. Agarró varios troncos y encendió la chimenea con una caja de yesca. Costó que el fuego fuera lo suficientemente estable e intenso para calentar a Anna. A los pocos minutos, dejaba a la jovencita dormida en el sofá mientras cerraba la puerta tras de sí.

—Dios te guarde y te bendiga, duquesa.

Anna corría por el salón de baile del Palacio de Peterhof. En sus suelos de múltiples tonalidades de marrón con estrellas y motivos geométricos reverberaban los pasos de la jovencísima duquesa. Yendo más rápido de lo que sus pies podían permitir, terminó tropezando y cayendo al suelo. De inmediato, la institutriz Margareta la alcanzó y la levantó mientras se aseguraba que se encontraba bien.

—Mi querida shvíbzik, vais demasiado rápido —dijo cariñosamente. Sus hermanas y ella la llamaban duende debido a su carácter travieso pero histriónico. Su risa y sus bromas la descubrían no importaba que estuviera escondida. Inteligente, ingeniosa y talentosa, Anastasia no dejaba indiferente a nadie—. Una dama como vos, tendría que andar con más cuidado. Al fin y al cabo, este no es un salón cualquiera: es el salón de baile del palacio de vuestro padre, donde algún día bailaréis con vuestro futuro marido.

—Sueno muy aburrido eso, Marga —le respondió con rostro pensativo la pequeña.

Era inevitable no sentirse abrumada por la lujosa estancia. Anna recordaba que había sido diseñado por un italiano de nombre gracioso, Rastrelli. De norte a sur estaba repleto de espejos y adornos dorados en las paredes lisas, blancas y celestes, dando la impresión de esplendor y magnificencia. Otra hermosa obra italiana coronaba el techo. Pintada por Bartolomeo Tarsia, el monte Parnaso se extendía en toda su gloria, habitada por sus mitológicos e históricos personajes. ¿Cuántas tardes había gastado tan sólo para aprender eso? Ni las quería recordar. Le

agradaba más saber que era la hora de jugar y correr.

Su padre había sido un hombre duro y estricto. No por haber nacido en cuna de oro estaban libres de ocupaciones. Cuando no cosían, ordenaban sus dormitorios, estudiaban, aprendían idiomas tales como inglés o francés. Apenas tenía tiempo para vagar en libertad y por eso era fácil que se diluyera en sus obligaciones. Margarete se quejaba con ella y sus padres de su actitud, aunque no era con maldad. Sabía que la princesita tenía un gran futuro si no se dejaba estar.

—¿Quién será mi marido? A pesar que lo quiera, nunca seré reina. Para eso está Alexis.

—Nunca se sabe, querida. En cualquier caso, lo más importante es que terminéis siendo la reina del corazón de un hombre.

—¿Qué consigo con eso?

—Hay una cosa que jamás podrá ser comprada con posesiones. Un sentimiento que inició guerras y acciones mejor dignas de olvidar. Pero es lo más grande que puede tener un ser humano. Sobre todo, una mujer. No hay nada más hermoso que ser amado, pequeña Nastia. Ahora sois pequeña. Con diez años no podéis vislumbrar lo que el futuro os depara con todos sus secretos. Ya recordaréis mis palabras...

—Ando buscando a una pequeñaja y traviesa niña.

La voz que había interrumpido a Marga no era otra que la de Grigori Rasputín. La institutriz no soportaba a aquel abyecto hombre que bien trataba de parecerse a Jesús con su pelo largo oscuro al igual que su barba. Era alto y delgado, de piel cetrina. Había parecido hechizar a todos y cada uno de los Romanov. El propio Rasputín conocía su animadversión y disfrutaba con ello. La fama de pendenciero y practicante de las malas artes no lo hacían una compañía muy recomendable para una niña de la edad de Anastasia.

—No es el momento Grigori para que distraigas a la Gran Duquesa.

—Mi pequeña shvíbzik sabe qué es lo que le conviene. Y ahora es el momento de jugar conmigo y sus hermanas. La correcta educación integra juegos también, Margarete Eagar.

—Me extrañaría que conocieras el significado de la palabra correcto.

—¡Claro que la conozco, hija del diablo! —exclamó como fuera de sus cabales el monje.

Anna se sorprendió por la reacción de Rasputín. Nunca lo había visto así. Casi la hizo tener miedo a lo que pudiera pasar. Como si el monje leyera sus pensamientos, sacó una daga de su túnica, se abalanzó sobre Margarete y la acuchilló repetidamente hasta que la sangre de su cuerpo inerte bañaba el encerado suelo.

—¡Qué... qué has hecho! —exclamó aterrorizada la pequeña duquesa.

—Nadie se va a interponer en mis planes. Vas a ser mía. La clave al trono de Rusia y el poder.

Rasputín se abalanzó sobre ella y...

Anna se despertó en el sillón enfrente de la chimenea, cuyo fuego se había consumido. Rodeada por la oscuridad y el helor nocturno, se acurrucó en el sofá y se tapó con las mantas lo más que pudo.

Entonces lo escuchó. Un sonido amortiguado por la estructura de madera y cemento que la envolvía. Algo o alguien se acercaba a la cabaña. Anna se levantó, agarró el atizador y se situó detrás de la puerta de madera. Segundos después ésta salía despedida mientras entraban varios soldados con sus bayonetas por delante. Anna rápidamente los golpeó con el atizador conforme se internaban. Dio cuenta de un par de ellos y el resto comenzó a disparar desde el porche.

—¡Dios! —exclamó mientras corría y se ocultaba en una habitación que hacía de despensa.

Tenía que escapar de allí. No podía dejar que la atraparan. Si resultaba ser quien aquel hombre decía que era, nada bueno le ocurriría en manos del ejército rojo. Los disparos cesaron y se oyó el resonar de varios pares de botas por el suelo de madera. Anna abrió la ventana, empujó los postigos, saltó a la nieve y corrió como alma que llevaba el diablo.

No sabía qué dirección estaba tomando. Tenía que alejarse lo más que pudiera de esa cabaña. Sería cuestión de tiempo que encontraran sus huellas en la nieve. Debía de perderlos. "Pero, ¿cómo puedo hacerlo?".

Sus pulmones ardían por el esfuerzo y el aire helado. Tras unos pocos minutos manteniendo el ritmo, parecían a punto de explotar. Frenó al salir a un claro sin árboles. No había luna. Las nubes de tormenta la cubrían. El viento cada vez era más fuerte. Esa noche no nevaría. Granizaría. Y si era como las anteriores, el granizo sería del tamaño de una naranja.

Retornó a la marcha tras escuchar los gritos a su espalda. Avanzó hasta encontrarse frente al caudaloso río Iset. No tenía más opción que caminar sobre la película que lo cubría o ser atrapada. Vadearlo sólo la acercaría a

los soldados peligrosamente.

—¡Aguanta por favor! —exclamó atribulada.

Anna progresó lentamente sobre la delgada capa de hielo que se iba agrietando conforme avanzaba. Si seguía a ese ritmo lo lograría. Le llevaría un par de minutos, pero llegaría sana y salva al otro lado.

Cinco soldados llegaron a la ribera del río para quebrar sus ilusiones. La apuntaron con sus carabinas dispuestos a abrir fuego al menor motivo.

—¡Alto! —ordenó uno de ellos, quien parecía ser teniente por sus insignias—. ¡No nos obligues a disparar!

No frenó. Anna prosiguió, esta vez un poco más acelerada cuando un disparo reverberó y un proyectil se clavó a pocos centímetros de su pie derecho.

—¡No fallaré la próxima vez!

Anna no se detuvo. Prefería ser abatida de un disparo a entregarse.

—¡No nos dejas otra alternativa! ¡Traedlo!

Dos de los cinco se internaron en el bosque y volvieron con el soldado que la había llevado a la cabaña, malherido y atado de manos.

—Vuelve o te juro que le pegaré un tiro, niña.

—¡No hagas caso...!

Un fuerte puñetazo le voló dos dientes y lo tiró contra la nieve manchándola con la sangre que brotaba de sus labios.

—No lo volveré a repetir —dijo mientras sacaba una pistola y apuntaba a la cabeza—. Ven o será el primero de los muchos muertos que llevarás sobre tus hombros.

No tenía alternativa. La vida de ese hombre estaba en sus manos. No sabía cuán inocente podría ser, pero la había ayudado. Al parecer, gracias a él había escapado de la prisión. No podía devolverle el favor dejándolo morir. Y menos iba a ser la responsable de la muerte de más personas inocentes. Ella bien podría ser la supuesta Gran Duquesa Anastasia, pero no valía tanto.

Volteándose, Anna deshizo el camino hasta que llegó de nuevo a la orilla en donde le esperaban ansiosos. Una vez allí, la tiraron a la nieve, la ataron de manos y pies y la amordazaron, mientras el teniente liberaba al

soldado.

—Tenías razón, Piotr. La chica es demasiado bondadosa y confiada.

—No hacía falta que me pegara tan fuerte, teniente. ¿Qué hago ahora sin dos dientes? Si las mujeres antes me rechazaban, no creo que mejoren ahora mis posibilidades.

—Eso no te detendrá, praporshchik —se volvió a Anna quien lloraba, traicionaba y devastada—. Llévala a la sala de interrogatorios de la prisión. Ya me encargaré de ella. E intentad ser cuidadosos. Estamos con la realéza, camaradas.

Capítulo 3

Image not found.

Capítulo 3

Minutos más tarde estaba sentada en una fría y oxidada silla de hierro, con las manos atada tras el respaldo. Pasado un cuarto de hora, apareció el teniente que se situó frente a ella. Anna volteó la cara hacia su izquierda en dónde se encontró un espejo en donde vio su reflejo para su sorpresa. Entre todas las cosas que había olvidado, su fisionomía era una de ellas. Una delgada jovencita, de apenas dieciocho años, de pelo rojizo tirando a rubio, ojos azules y piel blanca y mejillas rojas por el frío, la miraba asustada.

—Permíteme que me presente: soy Yevgeny Vasilyev, hasta el momento, teniente del ejército rojo. Por lo que me dijo Piotr, no te acordabas de quién eras. ¿Me equivoco? —Anna no se molestó en responder—. También me contó que te había revelado tu identidad. Ni más ni menos que la Gran Duquesa...

—Sí, la maldita Anastasia. No hace falta que lo repitáis continuamente. Al final, terminaré creyéndomelo.

—Deberías de hacerlo. No te haces a la idea de lo valiosa que eres en este momento —indicó mientras se dibujaba una tétrica sonrisa en su rostro—. Por un lado, nos tienes a nosotros, revolucionarios y partidarios de la creación de un nuevo tipo de gobierno para el pueblo; después tienes a los rojos, creyentes del milagro comunista y que no es más que otra nueva mentira; en otro lado, al ejército blanco, monárquicos, comprometidos con la vuelta de los zares y su imperio. Y, por último tienes al ejército verde, gente de la que no tienes que preocuparte. Están siendo masacrados por uno y otro bando. No creo que tarde mucho en que se dispersen o sean absorbidos por cualquiera de los otros.

»No obstante, contigo, podemos ponerle fin a la guerra civil. ¿Entiendes? Es un desgaste que nuestro imperio no se puede permitir. El resto de naciones nos verían débiles y aprovecharían para invadirnos. ¡Somos Rusia! No cualquier otro reino sin importancia —exclamó con fervor—. En otras palabras, tú eres sinónimo de Paz. ¿No es algo por lo que vale la pena parar una guerra?

—Y la paz se consigue matando a jóvenes indocumentados. O a punta de bayoneta.

—¿De qué hablas?

—Vi como acribillaban a una joven pareja que no tenía sus identificaciones cuando intentaban entrar a la ciudad.

—Estamos en guerra. Deberías entender, que estos tipos de controles son necesarios si queremos cuidar a nuestro pueblo.

—¡Ellos eran tu pueblo! ¡Ni siquiera le disteis una oportunidad!

—Tenemos un traidor entre nosotros. Alguien que te sacó de prisión y quiso matarte a las afueras. Cualquier medida de seguridad, es mínima. Espero que ahora entiendas un poco más el porqué de todo.

Anna guardó silencio. Todavía le molestaba el cuello y sentía una cierta abrasión, cuando lo tocaba. Había aún puntos que no le cerraban aún. Pero el mero hecho de tratar de pensar le creaba unas terribles puntadas en la cabeza.

—Ese tal Piotr me dijo que un tal Boris del ejército blanco me tendría que haber sacado de aquí. ¿Por qué me mintió?

—Quiero pensar que lo dijo para inventar una mentira con tal de protegerte —preguntó mientras levantaba una ceja—. Yo habría hecho lo

mismo. No obstante, tienes que entender que nuestra preocupación es tu seguridad.

—Y la seguridad de mi... de mi supuesta familia, ¿no era importante?

—Llegamos tarde. Muy tarde. Ekaterimburgo era un bastión rojo que nosotros invadimos y recuperamos. Antes que te mataran, nosotros irrumpimos en la escena y te salvamos.

—¿Por qué entonces no recuerdo nada de eso? Ni de antes —preguntó confusa—. Las noticias de la muerte de la familia imperial habrán llegado a oídos de todos. No va a ser fácil convencerlos que Anastasia no está muerta.

—No hay que convencer a nadie, porque no está muerta. Ella está viva y eres tú —repitió cada vez más impaciente Yevgeny.

—Por mucho que insistas no termino de sentirme ella. ¡Mira mis manos! Son las manos de una mujer que ha trabajado durante muchos años. Esto no es la consecuencia de unos meses de encarcelamiento. ¡No sé por qué tratáis de hacerme pasar por ella! Lo único que quiero es volver a mi casa. Sea donde sea.

—¿Tan estúpida puedes ser? —preguntó Yevgeny agarrándola del cuello con las dos manos apretando con fuerza—. ¿Acaso no quieres vivir? Aunque sea tomando el lugar de esa maldita niña. ¿No quieres ser una emperatriz? Llena de lujos y posibilidades que jamás soñaste con tener. ¿Sabes cuánta gente morirá por tu testarudez? ¡Todos los campesinos sois igual de inútiles!

Anna se desmoronó. Al final todo había sido una mentira. Ella no era nadie. “¿Por qué lo iba a ser?”. Estaba todo claro. Podía no recordar muchas cosas, pero lo que sí tenía por seguro es que ella era una chica insignificante que jamás podría cambiar nada. “Al menos, después de esto me dejarán ir”, pensó esperanzada. Volver a su hogar, fuera donde fuera, sería lo mejor que le podría pasar.

La puerta de acero de la celda se abrió repentinamente y por ella entró un hombre vestido en túnicas oscuras y mal cuidadas, de pelo y barbas largos de color oscuro. Parecía una copia rusa barata de Jesús.

—Mi querido Rasputín —recibió el teniente con una leve inclinación—. Bienvenida es tu llegada.

—Hay mucho por hacer todavía —informó con su grave voz el monje, quien aparentaba unos cincuenta años de edad—. Quieras o no, eres la

clave de todo, pequeña Nastia.

—No soy ella...

—Pero lo serás —Rasputín miró a Yevgeny—. Teniente, por favor haga los preparativos para continuar con la ceremonia en el bosque. Asegúrese que nadie vuelva a impedir su proceso.

—Sólo nos acompañará gente de mi confianza. Hay varios sospechosos que estamos analizando y no estarán presentes.

—Buen trabajo, teniente —preguntó entre la satisfacción y la preocupación—. Ya los interrogaremos, meticulosamente.

—En fin, seremos siete los que marchemos sin contar con la campesina.

—Siete, me gusta ese número. Siete para sacrificar a la campesina y traer el alma de Anastasia. Esta vez, sí saldrá todo bien.

—¿Seguro que es Anastasia a la que tenemos que resucitar?

—Es la idónea, Yevgeny. Su poderoso espíritu dormía en un cuerpo enfermizo. Pero esta jovencita, no sólo es parecida físicamente, sino que su alma está preparada para acoplarse a la de la pequeña Románova. Antes que te des cuenta, tendremos la mayor arma jamás creada.

—Nuestra llave a Europa.

—No seas estrecho de miras, Yevgeny. El mundo es nuestro objetivo.

—¿De qué diablos habláis? —preguntó asustada Anna. No le gustó para nada escuchar las palabras sacrificio y arma, juntas.

—En breve, querida niña, lo sabrás.

Capítulo 4

Image not found.

Capítulo 4

No tardaron mucho en regresar al bosque. Nada más que Rasputín dejó la sala de interrogatorio, uno de los hombres de Yevgeny la cargó en su hombro y la llevó como cual fardo hacia una indeterminada dirección. El granizo había hecho acto de presencia mientras estaba apresada y ahora caminaban pisando hielo y nieve. Un par de veces varios de los soldados tambalearon, pero no cayeron.

El camino era peligroso y cuesta arriba hacia la cima de la colina más alta de la zona, no muy lejos de donde ella había salido corriendo. Por como las nubes se hacían más visible, Anna dedujo que estaba por amanecer.

Un torrente de recuerdos invadió su cabeza de forma repentina. En un abrir y cerrar de ojos, se halló dentro de una pequeña cabaña de madera. Estaba tumbada sobre una cama con un humilde colchón de paja. Se incorporó y se vistió con sus descoloridas ropas a base de retazos. Salió por la puerta descubrió un paisaje de un bosque también nevado, pero

con varias zonas donde se había derretido la nieve y se podía ver el largo pasto de un intenso color verde. La hora sería cercana al mediodía. Escuchó el sonido de un hacha partir en dos los troncos. Sólo había una persona que podía estar haciendo eso en ese momento y lugar: Aleksey, el hombre con el que estaba a punto de compartir su vida.

Su padre hacía años que había muerto de tuberculosis, por lo que su madre, hermana y ella habían quedado desamparadas. Nadie en el pueblo de Krasnovishersk quiso hacerse cargo de ellas. Salvo Aleksey. Él había sido su mejor amigo en su infancia. Habían corrido juntos siempre a la escuela y tomado la leche en la casa de uno u otro. Ambos crecieron y la amistad también lo hizo hasta que al final de mil novecientos diecisiete él se le declaró y ella le confesó que el sentimiento era recíproco.

En esa escena, Anna estaba detrás de él y no podía más que maravillarse con el fornido cuerpo de Aleksey. Lo que más le llamaba la atención era una gran cicatriz que cruzaba su espalda. Un árbol se había desplomado sobre él. Un accidente terrible de trabajo. No obstante, se había recuperado y por eso allí estaba ella, contemplando sus brazos y piernas musculosos, pecho fuerte y abdominales marcados, acompañar cada movimiento de su hacha. Junto el pelo largo de color rubio y su recortada barba, enmarcando sus ojos azules encastrados en su piel blanca, parecía más un dios nórdico que un campesino.

—Yuliya —la llamó al descubrirla.

—Mañana será el gran día.

—Desde que te conocí, todos mis días fueron grandes.

—No sé si voy a poder aguantar las veinticuatro horas de separación, mi amor.

—Resiste, moya lyubov'. Después de esto, no dormirás sola jamás.

—Esperaré, moy muzhchina.

Esa tarde, siguiendo la tradición, Yuliya se encerró en su casa. No vería a ningún hombre que no viviera bajo su mismo techo y que no fuera de su familia. Él tampoco saldría de su hogar bajo las condiciones equivalentes. Pero algo no resultó como esperaban.

Durante la noche, mientras ella dormía, el techó fue arrancado. La joven campesina creyó en un primer momento que se trataba de un poderoso tornado. No era común en esa zona, pero el tiempo no estaba siendo todo lo estable como era acostumbrado. Tormentas repentinas aparecían sin aviso, sorprendiendo incluso a los más veteranos, quienes afirmaban que no habían visto nada igual. No obstante, mirándola a sus azules ojos

encontró una bestia de metal, engranajes y cadenas dentadas que expulsaba vapor por sus orificios. Parecía ser tener la forma de un anguloso oso gigante. Yuliya estaba tan asustada que fue incapaz de abrir la boca. El rugido metálico y artificial de la bestia la hizo perder el sentido.

A partir de ahí, sólo quedaban unos retazos de recuerdos inconexos. Ella y un grupo de chicas de aspecto similar. Pelo lacio y rojizo, ojos azules y piel blanca. Todas ellas en paños menores una al lado de la otra. Minutos más tarde, gritos, súplicas y llantos aderezados con sangre y carne desgarrada.

Otra visión la presentó con un soldado vestido con el uniforme del ejército rojo, sacándola de su celda ahora vacía. ¿Sería ese Boris? La condujo de la mano hasta las afueras de la gran mansión que la había tenido retenida. Callejaron hasta llegar a un paraje conocido. "El bosque donde desperté". Sin que tuviera tiempo a mediar palabra la bufanda raída le apretaba el cuello cortándole la respiración, mientras el soldado le pedía perdón:

—Tienes que morir para que Rusia se salve de estos locos. ¡Perdóname!

Los recuerdos desaparecieron y Yuliya se encontró de nuevo con un paisaje tenebroso donde una inmensa piedra de color blanco tallada en forma de altar con la estrella de cinco puntas en la cabecera la aguardaba. Las lágrimas corrían como un torrente de desolación por sus sucias mejillas. No podían hacerle eso. Ella debería de estar con Aleksey en ese momento. Rodeada por sus musculosos brazos y acurrucada en su pecho, cayendo en un pacífico sueño al ritmo de su respiración.

La echaron sobre la piedra. La ataron de forma que sus brazos y piernas creaban una cruz de carne y hueso. Tanto Rasputín como Yevgeny sonreían exultantes por el gran acontecimiento que estaba por ocurrir. Mientras tanto a Yuliya le dolían los ojos de tanto llorar. Parecía que llevara días haciéndolo. Probablemente, así fuera. Y la situación lo ameritaba. ¿Qué clase de loco sería capaz de sacrificar a una campesina por resucitar a una niña muerta?

El ritual comenzó. Rasputín y Yevgeny estaban a la cabeza de Yuliya. Los restantes hombres la rodeaban y parecían estar cantando algo que ella no pudo entender.

—Szern Inpher'i, enoilé en kulmen-ö! Or ckuben löce saulm prurei, xeverig in azizlea, birenté or Anastasia Nikoláyevna Románova! Lö enokenut, al neur jenarm-lö elyisea. En benice bih venu edy, bih ferö riutud bih gherö, ro al usteri venu veilö.

—¡Oh fuerzas oscuras del infierno, acudid en mi clamor! A cambio de esta alma pura, virgen y consagrada, traednos a Anastasia Nikoláyevna Románova. Ella resucitará, así como su nombre lo predijo. En el albor de un nuevo día, un cuerpo recibirá un espíritu para así iniciar una nueva vida —repetieron en ruso al unísono los seis hombres restantes.

El cielo, a pesar que parecía haberse aclarado por el alba, se oscureció por la súbita aparición de unas ominosas nubes negras. Rasputín con un movimiento de cabeza, ordenó a Yevgeny que hiciera su parte. El teniente abrió el vestido de Yuliya dejando su pecho al desnudo. Seguidamente vertió sobre el mismo el contenido rojizo de una jarra de cristal. Yuliya se estremeció al frío contacto del fluido coagulado que parecía ser sangre. El teniente repitió el proceso, esta vez con la daga de Rasputín, bañando su hoja. Junto a los otros cinco soldados, se arrodillaron quedando el monje como un bastión frente al recio viento que se había alzado, azotando las copas de los árboles y los rostros de todos los presentes.

—¡Por favor! ¡No lo hagas! —suplicó Yuliya habiéndose librado de la mordaza—. ¡Iba a casarme! ¡Iba a vivir una vida llena de amor! ¡No me quites eso! ¡Por favor!

—En dros jenarm Satan-va, deleviré or Binde Duchess-va boyr ar velodrylö!

—¡En el oscuro nombre de Satán entrégame a la Gran Duquesa por medio de su sangre! —volvieron a repetir.

El brazo del monje cayó sobre el tórax, en el punto exacto en donde estaría el corazón. Sólo se clavó apenas un par de milímetros que un rayó impactó en el arma y empujó a todos por su onda expansiva. Una columna de humo proveniente del cielo se fue disolviendo hasta que, sobre la piedra blanca, sentada, se encontraba no más Yuliya, sino la Gran Duquesa Anastasia.

Tras el sacrificio, Anastasia había sido cubierta de pieles y conducida de vuelta a Ekaterimburgo. Esta vez, no fue llevada a una fría celda. Sino a un lujoso dormitorio en la casa de un Lord que, al parecer, había invertido todos los activos a su alcance en pos del movimiento revolucionario liderado por Rasputín.

Se estaba gestando un nuevo ejército en el que Anastasia sería la guinda del pastel. Tecnología de vanguardia y los más variopintos métodos habían sido usados por Rasputín y sus científicos para su concepción. “¡Todos temblarán al vernos en acción!”, pensó orgulloso el teniente

Yevgeny.

El susodicho progresó por los iluminados pasillos de color crema, suelos alfombrados de un regio color escarlata con apliques de madera dorados a los costados. Los numerosos cuadros que colgaban, mostraban los ancestros del Lord y escenas de banquetes y cacerías, enmarcados lujosamente en oro. "La mayoría de los habitantes de Ekaterimburgo no tienen que comer y este desgraciado adorna opulentamente cada rincón de su casa", pensó el teniente. "Si no fuera por sus cuantiosas donaciones e influencia, sería ahora pasto de las lombrices. Tal vez lo sea una vez que nuestro trabajo esté hecho".

Antes de entrar por una trabajada puerta de roble, percibió sutiles aromas de rosa y jazmín provenientes de la habitación. La Gran Duquesa se habría terminado de bañar y se estaría perfumando, preparándose para la gran cena de la noche en la que se iba revelar el plan de acción. No obstante, primero tenía que asegurarse que estaba comprometida con su actual agenda. Llamó a la puerta con tres golpes firmes pero delicados.

—Adelante —contestó una voz segura.

Abrió la puerta y descubrió a la joven Anastasia vestida con un pomposo vestido de color azul Francia, pero con la espalda al descubierto. Todavía no le habían subido la cremallera y la visión para Yevgeny fue realmente placentera.

—¿Cómo se encuentra, Alteza? —preguntó mientras se acercaba analizándola con la mirada.

No sólo era hermosa de rostro sino que, a pesar de su delgado cuerpo, conservaba unas sinuosas curvas que irían ganando voluptuosidad conforme se aclimatará a su vida de lujos. Aquella pobre desgraciada de Yuliya, Anna o cómo diablos quisieran llamarla, era el exacto reflejo de quien trataban de suplantar. "¿Cómo ha sido posible esto?", se preguntó Yevgeny. "¿Acaso tenías algo que ocultar Nikolái? ¿O sólo es una increíble casualidad?".

—Hay muchas cosas que me tenéis que explicar que me tienen turbada. Y quisiera conocer las respuestas antes de afirmaros si me siento bien o no.

—Por favor, soy la persona indicada para responderlas —expresó solícito.

—¿Quién soy?

Yevgeny no podía creer esa pregunta. ¿No sabía que ella era la Gran Duquesa?

—¿A... a qué os referís, su Alteza Imperial?

—No pensarás que me olvidé que fui acribillada no muy lejos de aquí. Casi todavía puedo sentir el dolor en mis brazos, en mi vientre y pecho, en el cuello e incluso el rostro. Que, aunque me miro en el espejo y veo una mujer casi igual, sé que esa no soy yo. Sus ojos son distintos, su nariz más respingona, sus labios más gruesos, la caída del pelo diferente, es mucho más delgada que yo. Pero estoy en su cuerpo. Sus manos se mueven a mi voluntad y su corazón me permite vivir. ¿Quién soy, teniente?

—No tiene importancia. Fue una de las muchas jóvenes que se ofrecieron para servir a la revolución.

—Su nombre. ¡Ya!

No había perdido ni una pizca de su carácter de sangre real. Exigía saber algo y no iba a aceptar la respuesta que Yevgeny le ofrecía.

—Yuliya. Su nombre era Yuliya. Era una campesina de un pueblo del occidente de los Urales, pero no sabría decirnos mucho más. Realmente, no eran datos que nos importaran.

—¿Cómo habéis premiado a su familia entonces? El servicio que le han hecho al Imperio ha sido el más grande. Se merecerían un lugar en mi corte.

—No hay más Imperio, de momento. La república fue declarada tras abdicar vuestro padre.

—Sin premio entonces. Y yo sin lugar en este nuevo mundo. ¿Por qué me habéis traído de nuevo a la vida?

—Esa es una pregunta que preferiría responder en la cena. Es cuando teníamos pensado presentaros nuestros planes para la creación de un nuevo imperio.

—¿Nuevo imperio? ¿Acaso me confundo, teniente, o no formas parte del ejército rojo?

—Sí y no, Alteza Imperial. Es un asunto complejo.

—¿Quién nos asesinó, teniente? ¿Dónde están? —exigió nerviosa.

—Los rojos, no os quede duda. Aunque no estoy autorizado a decir más.

—¿No eráis el hombre que me iba a responder todas mis preguntas?

—indicó con altivez sin recibir más respuesta que una cabeza gacha—. ¿Es

Rasputín mi anfitrión?

Ni ese día ni nunca desearía cenar con Rasputín. Había manejado a su madre a su antojo, haciéndole tomar las peores decisiones que de alguna forma u otra, los habían llevado a ese lugar. "Sólo yo sobreviví. Si es que esto es vivir". Era un hombre peligroso, egoísta. Estaba totalmente segura que a ella la quería para alcanzar sus objetivos. Después, sería una pieza totalmente descartable.

—Sí, alteza. Os pido que me acompañéis para la cena.

El teniente la guio hacia el salón principal por un pasillo que llamó la atención a la gran Duquesa. Se notaba que el dueño del lugar se afanaba por llenarlo de cuadros y obras de arte. No estaba segura si era por tratar de no parecer inferior frente a ningún otro noble de Rusia o simplemente para que las paredes húmedas y de pintura sucia estuvieran todas cubiertas. "Apenas un par de cuadros podrían estar en mi palacio", pensó crítica.

Con un sentimiento agrisado recordó el Palacio de Alejandro, el lugar preferido de sus padres por encima del Palacio de Invierno. Allí había crecido y disfrutado de los lujos y la grandeza de ser una Romanov. Había prodigios como el cinematógrafo mostrando fotos tan rápidas que parecían que se movían. Recordaba como su madre tomaba el ascensor hidráulico para visitar sus habitaciones en el segundo piso. Las veces que se había atrevido a adentrarse en el estudio de su padre, una gran habitación cargada de cuadros y muebles con centenares de libros y lámparas para no dejar que la oscuridad pudiera frenar los trabajos del zar.

Cuando rememoraba el 15 de Marzo de dos años atrás, no podía evitar de sentir tristeza. Su padre llegaba en el coche oficial. La triste expresión que se dibujaba en su faz, era la más desolador que jamás había visto Anastasia. "Estaba destrozado". No volvía como el gran Emperador de Rusia que una vez fue. Apenas como un coronel. Casi parecía que lo hubieran relegado a un simple soldado raso. No abandonaría el estudio hasta el día siguiente, recluyéndose en sus recuerdos de glorias pasadas. Alexandra, su madre, había entrado sólo para salir más preocupada.

—Estamos condenados —respondió al ser preguntada por Tatiana.

Ninguna entendió realmente las palabras de su madre. No sabían que ella más que referirse a ser encarcelados en su propia casa, se refería a su posterior asesinato. "Ella podía percibir lo que estaba por venir".

El paseo terminó cuando se halló ante una alta puerta de caoba, con remates de oro y gran pomo del mismo metal precioso. El teniente no se entretuvo en llamar. No había motivo para hacerlo. Era la Gran Duquesa.

¿A quién debería pedir permiso para hacer algo?

La puerta se abrió y ante ella se extendió un salón de grandes proporciones. “Casi podría ser como alguno de nuestros salones”. No obstante, el suelo no estaba hecho de mármol sino de losas de cerámica imitándolo. En el centro se encontraba una larga mesa donde dos personas ya la aguardaban. El primero que se levantó debería ser el Lord de Ekaterimburgo, Nikolái Ipatiev. Anastasia descubrió por sus firmes movimientos que se trataba de un exmilitar.

El segundo tardó más en ponerse en pie. Con su sonrisa sardónica, la copia barata de Jesús finalmente se dignó a hacerlo. Anastasia sintió un escalofrío recorrer su cuerpo al ser contemplada por Rasputín. Aquel enigmático personaje tenía varias leyendas sobre su espalda (entre las que figuraba haber escapado de la muerte por varias veces). “¿Será cierto? O, ¿será pura fantasía?”.

—Bienvenida, Nastia. Hace tiempo que no nos vemos.

—Gran Duquesa para ti.

—¿De esa forma tratas a los viejos amigos? ¿A tu salvador?

—¿Salvador? ¡Te enorgulleces de llamarte salvador cuando fue gracias a ti que nos atraparon mientras huíamos!

—Creo que eso fue una triste confusión, alteza. Yo fui torturado hasta grado sumo y, temiendo la muerte, confesé vuestros planes.

“¿Me está tomando por estúpida?”, pensó cada vez más furiosa.

—¿Cómo pueden torturar los rojos a sus propios hombres? Explícame.

—Eso no son más que calumnias de mis enemigos. Siempre fui un fiel servidor del imperio, de vuestra casa.

—Cualquier cosa que tengas para ofrecerme, no pueden ser más que mentiras y sueños de glorias pasadas.

—Deberías esperar a que te presente mi propuesta para rechazarla.

—Salvo que le devuelvas la vida a mi familia, no tienes nada para ofrecerme.

—Me temo que está lejos de mis posibilidades. Si pudiera, lo habría hecho.

—En cambio conmigo pudiste hacerlo.

—No sin un esfuerzo desmedido que casi nos cuesta la vida a todos.

—Estoy cansada de esta farsa. No tengo mucha hambre. Así que haz corta tu exposición.

—Se acerca un cambio, Nastia. El mundo está próximo a transformarse en un lugar más tenebroso —empezó con voz grave, como la de un barítono—. La paz que todos predicán, es un espejismo. El sueño de una noche de verano para gobernantes e ilusos. No obstante, los que sabemos leer entre líneas, nos damos cuenta que esta tensa calma no puede perdurar mucho tiempo más.

»Los derrotados, no quieren ser menospreciados el resto de sus vidas. Los vencedores, no ven con buenos ojos ocupar una segunda posición. Los perdidos, quieren hallar su camino...

—¿Puedes ir al grano? —cortó Anastasia. Jamás había sido dada a las peroratas de nadie. Desde chica había detestado la filosofía, la política y sus diversas teorías de mundos utópicos.

—La Gran Guerra tan sólo fue un comienzo. Necesitamos un país fuerte. Con fuertes ideales. Con un pueblo fuerte. Con líderes fuertes.

—Y hasta que nos echaron, lo éramos nosotros; a pesar de lo que tus amigos rojos han querido manifestar.

—Eso es muy discutible, Nastia. Pero déjame seguir —Anastasia hizo un movimiento de cabeza permitiéndole a Rasputín continuar su discurso—. Rusia ha ido perdiendo su fuerza con el paso de los tiempos. Aplastado por la rutina, por lo que no se puede o no se quiere cambiar...

—Por favor, Rasputín. Sé directo —volvió a apremiar Anastasia viendo cómo se iba de nuevo por las ramas.

El rostro de Rasputín parecía molesto. Obviamente había preparado un amplio discurso que había esperado poder comunicar. “Si quería dar ponencias que se hubiera hecho político, no monje. Aunque ambos son dados a las falacias”, pensó.

—El imperio de los zares no le hacía ningún bien a Rusia —sintetizó.

—¿Acaso piensas que Lenin y compañía si lo hará?

—En absoluto. Son el mismo mal con distinto nombre. Sus ideas son quiméricas. Una fantasía que no puede llevarse a cabo ni ahora ni nunca.

Lo he visto.

Rasputín se jactaba de poder ver el futuro. Anastasia no sabía cómo, pero de alguna manera seguía vivo cuando se esperaba de él que estuviera enterrado seis pies bajo tierra. Muchos lo habían intentado. Esos tantos habían fallado y estaban criando malvas. “¿Habrán muerto mis padres por eso mismo?”. Sería una pregunta de la cual no tendría respuesta (al menos a corto plazo).

—Entonces, ¿tú eres la solución? ¿Un libertino monje ruso?

—No me menosprecies, querida. Hay mucho de mí que no ves. Si no fuera por mi intervención, tú no estarías aquí.

—Estoy totalmente de acuerdo con eso —respondió Anastasia.

No podía quitarse de la cabeza la idea de que él era responsable de la muerte de su familia. “Y de la mía propia. Estoy viviendo en un cuerpo ajeno”.

—Tú eres el sumun de mis investigaciones, de mis avances. Hechos que otros países ni siquiera pueden soñar. Máquinas que obedecen nuestras órdenes, un ejército de soldados inmortales, un alma que toma posesión de otro cuerpo. ¿No entiendes la ventaja con la que estamos contando?

—Si me quieres asegurar que todo eso te hace el más poderoso, podría decirte que sí. Eres hábil en esas artes. Pero jamás te vería como un gobernante justo ni apropiado para nuestro imperio. Si es que es allí donde quieres llegar.

Rasputín volvía a mostrar su furia contenida en una horrible mueca de asco. Anastasia estaba segura que, si de él dependiera, la despedazaría con sus propios brazos. “Me daría la misma bendición de fuego que en mi anterior asesinato”.

—¿Qué parte tengo yo en tus planes, monje? Para algo me hiciste volver.

—Yo no puedo ser emperador como bien dijiste. Para eso te necesito a ti.

—Te olvidas que nuestro propio pueblo nos desechó. ¿Qué te hace pensar que me aceptarán de nuevo? Hace falta mucho más que palabras para conquistar sus corazones. Comida, seguridad, paz... un futuro con posibilidades. Las promesas de supremacía racial no suelen significar nada de esto. Más bien todo lo contrario.

—Precisamente eso le vas a dar a tu pueblo. Paz, poder y futuro.

—Y tú, ¿se supone que tú vas a ser mi consejero? ¿Estarías contento de ser considerado un segundón? ¿Te conformarías con eso?

—No te preocupes por la historia, mi querida Nastia.

—¿Por qué?

—Porque nosotros seremos quienes la escribamos.

Capítulo 5

Image not found.

Capítulo 5

—¡Yuliya! —gritó Aleksey mientras levantaba escombros de la casa derruida—. ¡Yuliya!

Aleksey se había asustado al no ver a Yuliya aparecer el día de su boda. Era el momento que tanto habían esperado. No había motivo para que ella decidiera no ir. Lo amaba con todas sus fuerzas. Algo malo había pasado.

Abandonó de inmediato la ceremonia dejando familia y amigos compartiendo miradas nerviosas. Algunos reían por lo bajo, preparados para salir corriendo a compartir las nuevas de la frustrada boda. No era una buena señal que ni Olga o Ivana, madre y hermana menor respectivamente de Yuli, hubieran aparecido.

Al divisar desde lo lejos la estructura colapsada, un frío sudor cayó por su espalda. “No, no puede ser...”. Durante la noche anterior se habían escuchado el estruendo de una tormenta eléctrica. No había caído ni una

gota ya fuera en forma de granizo o nieve y apenas se había levantado viento. Tan sólo rayos y truenos que habían asustado a los vecinos y a los animales. No obstante, ninguna casa había sido afectada. "Aquí pasó algo más".

Siguió levantando con mucho esfuerzo trozos de madera y piedra. No podía encontrar nada. "¡Dónde estás, Yuli!". Bajo una viga encontró un cuerpo semicubierto.

—¡Oh Dios!

Lo desenterró y halló la cabeza aplastada de Olga, su suegra. No podía hacer nada por ella. Se sintió mal por agradecer que no fuera Yuli. Lo aterrorizaba si quiera el considerar la posibilidad. "Ella está bien. Estoy seguro. Estará bien".

Continuó con su trabajo sin importarle que sus manos desnudas estuvieran sangrando, sus ropas de gala rasgándose al engancharse en los escombros. Cascote tras cascote, esperaba poder encontrar el joven cuerpo de Yuli, desfallecida, herida, pero viva.

Una mano apareció debajo de un montón de piedras. "¡Yuli!". Frenéticamente las apartó y halló a Ivana con un puntiagudo trozo de madera clavado sobre su costado. A parte de eso, el resto de heridas y contusiones no eran de gravedad. Una joven como ella de dieciséis años podría recuperarse con el tratamiento adecuado. O al menos eso suponía Aleksey.

—Perdóname Ivana —pidió mientras arrancaba el trozo de madera quien apenas pudo reaccionar.

Dejó a Ivana apoyada en el colchón de hierba y prosiguió en su búsqueda. Tras mucho revolver lo que quedaba de la casa, no encontró rastro de Yuliya. No estaba ahí. "¿Dónde estás, mi amor?". ¿Habría escapado en el último segundo? ¿Estaría herida, perdida en busca de ayuda? Desechó aquella opción dado que no había sangre seca ni tampoco algún rastro que indicara el movimiento de alguien herido. Además, ¿a quién podría pedirle ayuda ella, si no a él? "¡Alguien se la llevó!", temió Aleksey.

Despojó su cabeza de esos pensamientos. Tenía que llevar a Ivana al médico del pueblo para que la asistiera lo antes posible. Su restablecimiento dependía de lo rápido que fuera atendida.

Corrió hasta la casa de Boris que estaba a un kilómetro de allí, a las afueras de Krasnovishersk donde era visitado continuamente por dolores de cabeza, de estómago y partos. Como no podía ser de otra manera, había gente esperando en su puerta. Aleksey irrumpió en el consultorio, ignorando lamentos y quejas y dejó a Ivana sobre la camilla, mientras el

doctor se despedía de uno de sus pacientes.

—¡Por el amor de Dios, Aleksey! ¡Qué pasó! —preguntó mientras cerraba la puerta y se ajustaba las gafas.

—La casa de Yuliya se vino abajo por la tormenta, Borya.

—Y Yuli. ¿Y Olga?

—Olga... estaba muerta cuando llegué. De suerte encontré a Ivana con vida. Tenía un trozo de madera clavada en su costado.

—Sí, eso veo —confirmó mientras analizaba la herida—. Tráeme el antiséptico. Necesito limpiarle la herida.

Aleksey se acercó a una mesa agarró una botella del transparente líquido y se lo dio a Borya quien lavó la herida del costado de Ivana. Aleksey dejó la habitación sonrojado dado que el doctor le había quitado la ropa a la jovencita y la había cubierto con un par de toallas limpias.

Aguardó una media hora hasta que por fin volvió a aparecer Borya secándose las manos.

—¿Cómo está?

—Fuera de peligro. Le salvaste la vida a Ivana. Unos pocos minutos más... Tuvo suerte.

—Gracias a Dios.

—¿Me puedes decir qué pasó? —preguntó preocupado.

—No sé más además de lo que te dije.

—Los ruidos de ayer no eran de tormenta, Alyosha. Eran de guerra.

—¿Guerra? Cómo es que no hay rastro de un ejército. Huellas de hombre. Sólo vi de un gran animal. Soy lo suficientemente inteligente como para distinguir unas de otras.

—No sabría decirte entonces. Soy doctor, no rastreador o militar. No hubo viento, lluvia, granizo... nada. Los ruidos eran más de máquinas que una tormenta. No sé...

—Fui un idiota por no salir. ¿Nadie te comentó nada?

—La casa de Yuliya estaba lo suficientemente lejos como para que nadie se preocupara —indicó Boris, haciendo recordar a Aleksey, una vez más,

la desidia de Krasnovishersk hacia su amada y su familia.

—¿Piensas que Anatoly sabrá algo?

—Es probable. Esa rata siempre tiene esa información tan difícil de hallar. Aunque no te recomendaría juntarte con él. Ya sabes lo que dicen.

—Sí, Borya, ya sé. Es reclutador del ejército blanco.

—Él no da nada gratis. Te va a pedir lo que lleva hace mucho tiempo buscando de ti.

—Si con eso me aseguro de saber qué pasó, bien valdría la pena.

—Bueno, parece que tienes muchas ganas de morir.

—En absoluto, pero no tengo más alternativas.

—Siempre tienes alguna, Alyosha.

—Abandonar a Yuli nunca será alguna de ellas. Eso te lo puedo asegurar.

Aleksey recorrió Krasnovishersk de punta a punta buscando a Anatoly. No estaba en su casa. Ni en la cantina de Vlad, ni en las plazas o en otros establecimientos de moral dudosa. Nadie recordaba haberlo visto caminar por esas calles aquel día. Algunos le habían dicho que era probable que se hubiera marchado a San Petersburgo. “¡Maldita sea! Como se haya ido...”.

Cuando estaba por darse por vencido, mientras descansaba apoyado en el tronco de un árbol, vio al susodicho acercarse a lo lejos. Se levantó y corrió hacia él, quien tenía sus brazos levantados, pidiendo calma antes que dijera una palabra.

—Me han dicho que me estás buscando con mucho... interés —inició Anatoly con una sonrisa lisonjera.

Anatoly no era un hombre fuerte. Ni aunque quisiera, podría levantar una bayoneta y abrir fuego sin salir propulsado por el culatazo del arma. La fuerza no era su talento. Era su conocimiento, su don de la oportunidad, de estar en el momento adecuado en el lugar adecuado, lo que lo hacía sobresalir del resto. Y aquel don era muy útil en tiempos de guerra (y, en esa ocasión, para Aleksey).

—¿Qué sabes de la tormenta de ayer?

—¿Tormenta?

—No te hagas desear, Anatoly. No tengo tiempo que perder. Los ruidos de ayer... Los truenos...

—Te confundes, Alyosha. Eso no eran ruidos de tormenta si no de máquinas.

Al final Boris había tenido razón.

—¿Qué clase de máquina puede hacer un estruendo como esos?

—La de la clase que va a costarnos la vida.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Es mi trabajo. Ya lo sabes. Sin información, estaríamos perdidos ante los rojos.

—¿Por eso estás aquí y no en San Petersburgo? ¿Pasó algo?

—¿Qué interés tiene en lo que pudiera pasar ayer? —preguntó Anatoly curioso. Aleksey nunca se había interesado por nada. Era un joven bastante apático sólo preocupado en cortar madera y cuidar a la familia de Yuliya—. ¡Ah! Ya veo. Yuliya. Tu interés tiene que ver con ella. ¿Está bien?

—Desapareció. Olga murió aplastada e Ivana está herida —respondió apesadumbrado.

—Mis condolencias, Alyosha. ¿Piensas que los ruidos de ayer pueden tener algo que ver con su desaparición?

—Sí. Estoy totalmente seguro que alguien la secuestró. ¿No sabes nada? ¡Por favor, Anatoly! Ella puede estar en peligro.

El hombre hizo gesto pensativo mientras se pasaba la mano por su cabello hirsuto y blanco. A pesar de tener cerca de cincuenta años, su pelo níveo, sus arrugas y marcas en la cara, lo hacían ganar una década más.

—Llevo escuchando rumores de mujeres desaparecidas de varias zonas de Rusia. Y ahora que lo pienso, Yuliya calza en la descripción de casi todas las desaparecidas: joven, pelirroja, pálida...

—¿Quién puede querer mujeres de esas características? —preguntó

Aleksey aterrorizado.

—Conoces a quienes adoran el color rojo. Quienes se visten de su sangriento color para justificar su carrera de destrucción. Los comunistas. Ellos la tienen.

¿Podría ser cierto? ¿Era aquello alguna extraña muestra de adoración insana a los nuevos ideales comunistas? No tenía sentido. No obstante, aún tenía la sensación que Anatoly sabía más que lo que decía. “¿Qué me estás ocultando?”.

—¿Dónde la llevaron, Anatoly!

—Querido Alyosha, debe de estar en sus territorios sin duda.

—Tengo que encontrarla. ¡Como sea! —dijo mientras se volteaba y se marchaba.

—¡Tú sólo no vas a lograr nada, Alyosha! ¡Pero sabes que con nosotros... tus opciones de encontrarla y traerla contigo son mayores!

Al parecer no tenía escapatoria. Había tratado de estar fuera de la contienda sin tomar partido. Las ideas rojas parecían buenas, aunque la forma de aplicarlas no lo eran. Tampoco los blancos parecían estar haciendo nada mejor, sino todo lo contrario. Con tal de perpetuar una familia imperial corrupta y despreocupada por su pueblo, mataban y torturaban como sus adversarios. “Los verdes. Ellos sí me representan. Defienden a los campesinos. No a los filósofos de bolsillos pesados o a unos nobles con ínfulas dictatoriales”. No obstante, era un grupo desorganizado. No sabían de tácticas o estrategias. No tenían una cadena de mando sólida. Ni un arsenal de armas ni vituallas. Combatiendo en guerrillas podrían ser buenos. Eso podría ganar batallas. Pero jamás lograrían ganar la guerra.

Los blancos, no obstante, si tenían esa organización. Una importante fracción del ejército se les había unido junto con las clases nobles del resto del país. Estos últimos no querían perder sus posesiones e influencia. Aleksey los imaginaba contando sus monedas de oro en la oscuridad de sus cámaras escondidas, mientras susurraban al oído del zar lo que a ellos les interesaba. Al final, parecía que tendría que unirse a ellos para encontrar a Yuli. “¡Maldita sea!”.

—¿Y bien? Necesito una respuesta, Alyosha. Justo me estoy marchando por un tiempo de la zona.

Sabía que se arrepentiría de la decisión. Anatoly se estaba aprovechando de su desesperación. Además, lo único que tenía eran sus palabras. ¿Qué pasaba si estaba equivocado o lo había engañado para alistarlo al

movimiento blanco? Era un hombre sin escrúpulos, de eso no cabía duda. Tras tanto tiempo insistiendo, lograría su propósito. “Pero es mi única posibilidad”, repitió para sí.

Pensándolo bien, hasta podría ser todo un ardid de su gente para forzarlo a unirse. “No. Yo no valgo tanto”, recapacitó. Y Anatoly no tenía tantos recursos como para provocar una destrucción como aquella. Sería un gasto desmedido sólo por una persona. Entonces, debería ser cierto. Los rojos podrían estar tras el secuestro, la destrucción de la casa y el asesinato de la madre de Yuli.

—Déjame despedirme de mis padres e Ivana —dijo finalmente Aleksey entregado a su destino.

—Te espero a la primera hora de la noche en la salida oeste de Krasnovishersk —dijo con una tétrica sonrisa en su rostro—. No me dejes esperando.

—No lo haré —confirmó Aleksey mientras corría de regreso a su casa.

Capítulo 6

Image not found.

Capítulo 6

Anastasia descansaba en sus aposentos sobre la mullida cama de colchón de pluma de oca. No era para nada tan cómodo como el que una vez había usado en el palacio de Peterhof. "Así no se puede descansar bien". Había algunas manchas en las blancas sábanas que habían ganado la batalla a la triste limpieza de la servidumbre. "Si hubieran sido nuestro personal, estarían despedidas y azotadas". Jamás habían usado ni sábanas ni colchones que no estuvieran impecables. Tras apenas dos usos, se desechaba la ropa de cama. "Somos la realeza. No podemos dormir en cualquier lugar ni en cualquier forma".

Había pasado dos horas acostada dándole vueltas a las palabras de Rasputín. La necesitaba urgentemente a ella. La construcción de un imperio requería un líder, una cara reconocible y confiable: ella. Mientras tanto, él quedaría como su consejero tras las bambalinas. "Tal y como hizo durante su estancia con mi familia". Algunos vicios eran difíciles de

abandonar.

Las palabras bonitas dejaban dudas que Anastasia necesitaba aclarar. Aunque no se sentía con fuerzas como para pensar más. Estaba tan cansada y aturdida que apenas se podía mantener despierta. “¿Serán efectos secundarios de mi resurrección?”.

—¿Te cuesta dormir, Nastia?

—Veo que nunca aprenderás a tocar la puerta Grigori.

—Las viejas costumbres nunca mueren.

—Serás tú quien muera si no las cambias. Ya no soy la niña que una vez conociste.

—Por supuesto que no. Ya eres toda una mujer. Y nuestra emperadora.

—¿Qué quieres realmente de mí, Grigori? —era el momento ideal para que el monje aclarara los puntos que no le cerraban—. Percibí que no estabas muy cómodo hablando con el teniente ni con el señor de la casa, quien parecía estar pintado.

—Quiero que seas la gran emperatriz de este siglo.

—No estás respondiendo mi pregunta —replicó desconfiando. Otra vez Rasputín se iba por las ramas. “No le estoy pidiendo que me explique cómo funciona la electricidad”.

—Hay algo a lo que no puede negarse un hombre.

—Que es...

—A los deseos de una mujer hermosa.

—Cuando esperaba una respuesta que me satisficiera me sales con esa estupidez. Creo que deberías dejar de fumar tus hierbajos, monje. Ningún hombre va a ofrecerme todo lo que tiene sólo por ser hermosa.

—No te subestimes, Nastia. Te aseguro que todos los de la mesa de esta noche habrían hecho lo que les pidieras, si con ellos lograban tus favores.

—¿Me estás tomando por una ramera? —preguntó enfurecida Anastasia.

—En absoluto, querida. Simplemente estoy abriendo tus ojos a la realidad. Quién osaría negarte algo, a ti: la gran Emperatriz Anastasia.

—La Gran Emperatriz a la que su pueblo decidió enterrar. Si Rusia nos rechazó, ¿por qué demonios nos aceptaría el resto del mundo?

—Porque no estarás sola cuando llegue el momento.

—¿Por qué yo y no cualquiera de mis hermanas? Más preparadas, más conocidas, incluso más amadas. Yo era una nena malcriada y enfermiza.

—En el universo hay un balance que no se puede negar, Nastia. Para que algunos tengan mucho, otros tienen que tener poco. En un lugar está el mal, en otro el bien. Los cuerpos fuertes tienen almas débiles...

—Déjame adivinar: yo tengo un alma poderosa —interrumpió recelosa.

—No me importa que te burles de mí. Que estés viva es la única prueba que necesito para que entiendas que esto no es vana palabrería. Tienes un poder que no entiendes y que desconoces. Simplemente necesitas un cuerpo acorde a tu alma.

Anastasia no podía negar la evidencia. A pesar de su debilidad actual, jamás se había sentido más sana. Antes, percibía como cada célula de su cuerpo clamaba por descanso cuando no había dado más que un par de carreras. Los grandes esfuerzos la dejaban de cama. Al igual que la más leve brisa invernal, si no estaba lo suficientemente abrigada. Tenía una dieta controlada al milímetro, mientras su familia disfrutaba de opulentas cenas. ¡Hasta aquella noche! Por fin había podido comer todo lo que siempre había querido sin aquellas desoladoras consecuencias.

—¿Cuál es el precio de ese poder? Nada viene gratis. Tú y yo bien lo sabemos.

—Muchos morirán (aunque esos muchos serán los mismos que han celebrado tu muerte y la de tu familia). Otros serán quienes apoyen nuestra causa. Pero te puedo asegurar una cosa: incluso los muertos lucharán por ti.

—¿Cómo reaccionó Rusia tras el asesinato de mi familia?

—Y los leales al zar, no lo tomaron muy (como es lógico). La noticia corrió como la pólvora entre todos los bandos, con un consecuente recrudecimiento de las refriegas. Son tiempos turbulentos, querida Nastia.

—Cuántos tenemos a nuestro lado.

Rasputín sonrió al escuchar esas palabras de Anastasia. “Él piensa que ya me tiene. Que me conquistó. Que siga pensándolo”. Tenía que emplear un poco de estrategia. Era necesario conocer qué tenía planeado antes de

darle su beneplácito.

—Seremos cinco mil.

—Estupendo, en una guerra de millones y cientos de miles, tenemos cinco mil. Espero que cada uno de ellos sean poderosos dioses nórdicos o toda la gloria que tienes planeada, no llegará lejos.

—Los blancos caerán ante tus pies, Nastia. Nada más te vean, reconocerán a su emperatriz resucitada de entre los muertos y se nos unirán. Al fin y al cabo, eso significa tu nombre: resurrección. No habrá mayor golpe de efecto. Desmoralizará a los rojos, inflamará los corazones del pueblo y la balanza se decantará a nuestro lado.

—Esperas que ellos me vean como una suerte de mesías. Que maten y se dejen matar por mí. Pero recuerda Grigori: yo aún puedo morir.

—No estés tan segura.

—Ya sólo falta que me digas que crees que soy inmortal.

—Disculpa si me expresé mal. Por supuesto que no lo eres, pero no hay duda de que eres especial. Tienes unas habilidades que... ya irás descubriendo. Entonces, te darás cuenta que...

—Yuliya... Moya lyubov'... Pronto estaremos juntos...

La imagen de un alto campesino hermoso y fuerte, de rasgos muy conocidos la invadió. De repente se encontró sentada sobre un muro de piedra que rodeaba una casa en no muy buen estado. El techo estaba viejo y las tejas de madera estaban podridas y agujereadas, parcheadas con otras láminas podridas y a punto de ceder. De alguna forma, Anastasia sabía que ese joven estaba allí para repararlo. Por la forma en la que él la miraba la hacía sentirse especial y cuidada. Una sensación de paz y seguridad la envolvió. Él siempre había estado con ella. Desde el primer día hasta el último.

—¡Quién eres! —exclamó mientras cerraba los ojos y se tapaba las orejas con sus manos—. ¡Sal de mi cabeza!

—¡Anastasia! —gritó preocupado Rasputín corriendo hacia ella.

—Fue desde el primer día que te vi, que no puedo dejar de verte en mis sueños, Yuli. No tuve nunca fuerzas de decirte nada porque no quería perderte. Tenía miedo. Tu amistad es lo más importante del mundo para mí. Pero ya no puedo callar más.

Recordaba ese día. Uno de los más fríos de invierno. A pocos días del cambio de año. Su corazón había latido tan fuerte que tenía miedo que reventara en su pecho. Había soñado incontables noches con ese momento, con esa declaración.

—¡No! Yo no soy Yuli. ¡Yo no te amo!

—Siempre te amaré, Yuli. Siempre.

—¡Márchate! ¡Déjame en paz! —gritó asustada.

Repentinamente una toalla húmeda tapó su nariz y su boca. De inmediato las voces cesaron, los recuerdos se disolvieron en la oscuridad. Anastasia durmió junto con Yuliya.

Capítulo 7

Image not found.

Capítulo 7

—¡No puedes irte, Alyosha! —exclamó Boris preocupado—. ¡Ivana te necesita! Eres la única familia que le queda. Yo no puedo hacerme cargo de ella. No... no tengo tanto dinero...

—Tienes razón, Borya. Te estaba cargando con un deber que no tienes ni puedes hacer.

—¿Qué vas a hacer? ¿Te quedarás? —preguntó con un leve halo de esperanza.

—Por supuesto que no. Yuli está sola en algún lado. No puedo abandonarla.

—Déjala con tu familia entonces.

—Creo que no están mucho mejor que tú, Borya. Nadie lo está... Sin mí, no creo que puedan poner un plato de comida para Iva. Espero de todo corazón que mi padre pueda sustituirme, mientras regreso.

—¿Te estás dando cuenta que es una locura marcharte? Ahora Ivana es tu responsabilidad. Tienes que cuidarla.

Aleksey se tomó unos segundos sopesando sus opciones. No había nadie en quien confiara como para encargarle el restablecimiento de Ivana. Amigos faltaban. Y con la necesidad que Krasnovishersk estaba sufriendo, una boca más que alimentar era una catástrofe de proporciones épicas. “Ya de por sí repartimos las escasas provisiones que tenemos”.

—Vendrá conmigo entonces —sentenció con un tono de voz dubitativo.

—¡No puede llevarte a Ivana al frente! —exclamó el doctor preocupado—. ¿Tienes idea de lo qué puede pasarle allí? Tu obligación es cuidarla, no conducirla a las manos de esos malvivientes.

—Nadie tocará un pelo de su cabeza, Borya. Te lo prometo.

—Se ve que no tienes ni idea de lo que es un ejército, ni una guerra. No tendrás control de ella las veinticuatro horas, amigo mío.

—No me puedo creer que tenga más problemas contigo que con mi familia.

—Tu familia siempre ha sido partidaria del ejército blanco, por mucho que me cueste entenderlo. Que luches y mueras por ellos, será todo un honor —comentó amargamente—. He visto lo que la guerra puede hacerle a un hombre. No hay honor en matar, en ser torturado o mutilado por las armas de Satán.

—Te agradezco la preocupación, amigo mío, pero no vas a lograr disuadirme. Le prometí a Yuli que estaría con ella siempre, pasara lo que pasara. No pienso fallarle. Antes prefiero morir.

—¿Y llevarte de paso la vida de Ivana?

—Esperemos no llegar a ese punto —respondió con rostro sombrío mientras cubría en una gruesa manta a Ivana.

—La vestí con ropa de mis hijas —indicó unos segundos después. No tenía sentido tratar de disuadirlo. Estaba decidido a rescatar a Yuli costara lo que le costara—. Le quedarán un poco grandes. Ella es más delgada. Pero servirá para que no tenga frío. Te espera un viaje largo hasta San

Petersburgo.

—No creo que vayamos hacia la capital... hacia allí. Iremos a Perm. Allí está un destacamento del ejército blanco. Quieren invadir Ekaterimburgo tras los asesinatos de la familia imperial.

—Entiendo.

—Van a ver la manera de recuperar los cuerpos y darles el entierro que se merecen.

—Creo que es la maniobra más estúpida que podéis hacer —espetó Boris enojado—. Necesitáis atacar puntos clave como el suministro de alimentos o armas.

—No hace falta que me lo digas. Estoy totalmente de acuerdo contigo. Pero como entenderás, no tengo voz ni voto.

—Pero, ¿y Yuliya? ¿Está por la zona?

—No estoy seguro. Anatoly me confirmará su posible paradero en el camino.

—No tienes seguro nada. ¡Te está mintiendo esa rata! ¿Para eso te alistaste? ¿Para ir a la muerte con los brazos abiertos? Si no te importa tu vida, al menos preocúpate por Ivana.

—Gracias por todo, Borya. Dasvidaniya.

Aleksey cargó a Ivana en sus brazos y abandonó el consultorio del doctor. No sabía si volvería a pisar Krasnovishersk, así que miró por última vez la casa en la que se había criado, la plaza en la que había jugado con Yuli, los campos nevados bajo cuyos árboles se besaron por primera vez. Si de él dependiera, prendería fuego a todo el pueblo con tal de recuperarla. “No soy muy distinto a cualquiera de estas bestias”, pensó. Simplemente él no quería inmiscuirse en contiendas que no eran la suya. Sabía que, si era necesario, no dudaría en matar con tal de defender a Yuli.

—Tan buen hombre no soy —reflexionó mientras miraba el pálido rostro de Ivana.

Había rasgos en común con su hermana mayor. Su cara ovalada, la forma de su nariz y de sus ojos. No obstante, el cabello de Ivana era rubio mientras que Yuli era pelirroja, compartían la forma lacia de caer sobre sus hombros. Su mirada se vestía de un color verde, más oscuro en el borde del iris, a diferencia del azul claro de Yuli. Las dos hermanas eran

hermosas mujeres.

Por primera vez tuvo miedo. Miedo a no estar haciendo las cosas como corresponde. "Si recupero a Yuli, pero Ivana muere, no sé si ella me perdonaría". Eran muy unidas. Los apenas dos años de diferencia las acercaba más que alejarlas. Compartían todo. Sueños, aventuras, secretos y ropa. "Tengo que salvarla a las dos". En eso sí había tenido razón Borya. "Lo tengo que hacer, como sea".

—¡Vaya vaya! —exclamó Anatoly al ver a Aleksey llegar con Ivana en brazos—. ¿Me traes un regalito para el viaje?

—No tiene a nadie. Sólo a mí. No puedo abandonarla a su suerte —respondió Aleksey asqueado por las palabras del reclutador—. Krasnovishersk no puede ofrecerle nada a Ivana. A mi lado, puede tener alguna oportunidad.

—En el frente la camarada Venediktova puede ser muy útil como enfermera o... algo más.

Aleksey tuvo que hacer un esfuerzo por reprimirse. Era bien sabido en el pueblo que Anatoly era un hombre sujeto a pasiones. Buscaba la compañía femenina con toda la asiduidad posible. Muchas veces usaba sus influencias para acceder a ellas y obligarlas a hacer cosas que jamás habrían hecho.

Más de una vez lo había pescado relamiéndose cuando veía a Yuliya o a Ivana, sin importarle que él estuviera presente. Aunque no había llegado a decirles nada soez, había buscado la oportunidad para hablarles y acariciarles los brazos o sus cabellos. Dejar a Ivana descuidada en el frente y con Anatoly rondándola iba a ser peligroso para ella. "Hay muchos como él ahí", se recriminó.

Las dudas lo apresaron. Tal vez unirse al ejército blanco no era la mejor de sus decisiones. Tendría que haber otra forma de buscar a Yuli. "Pero, ¿cómo? Ni siquiera sé por dónde empezar. Soy leñador, no un cazador". Era incapaz de distinguir el rastro de un perro al de un conejo. No duraría mucho por su cuenta. Por mucho que le disgustara, su única alternativa usar al ejército. Si lograba obtener la ubicación de Yuli, podría pensar en desertar. No sería sencillo. Sería perseguido, lo tratarían de matar, no podría volver a Krasnovishersk (aunque le importaba bien poco). Marcharía con Yuli e Ivana a algún otro lugar pacífico y vivir el resto de

sus días en paz, lejos de tanta desgracia y muerte.

Pensado de cierta manera, aquella sería la mejor manera de arrancar. Que muriera Olga, la madre de Yuli e Iva, sería un golpe muy duro tras la pérdida de Venedikt, su padre. Todo lo que alguna vez les había importado era presa de la destrucción. Empezar de nuevo doquiera que el destino los llevara, llevaría consigo la esperanza, la tranquilidad y la próspera promesa de una página en blanco. "Nada más la encuentre, le diré lo que planeo", sentenció levemente animado.

—Si llegaba a saber que vendrías tan bien acompañado, hubiera traído otro caballo —dijo mientras miraba los dos que tenía agarrados por las riendas—. Son un par de cientos de millas hasta Perm así que, si te parece, Ivana y yo compartimos un caballo y tú que eres más corpulento, montas el otro.

"Antes muerto maldita sabandija", pensó.

—Te agradezco la oferta, pero creo que será mejor que viaje conmigo —respondió lo más cordial posible—. Durante nuestra ruta pasaremos por lugares un poco escabrosos y necesitará un brazo fuerte para sujetarla.

—Tienes razón. Igualmente, cuando te canses, aquí estoy.

"Descuida, no me cansaré".

—Cuento con ello. ¿Nos vamos? —apremió mientras se acomodaba en su silla de montar y sujetaba fuertemente a Ivana.

Capítulo 8

Image not found.

Capítulo 8

Anastasia abrió los ojos lentamente. Todo el cuerpo le dolía horrores. Al tratar de incorporarse sufrió un mareo que la obligó a acostarse en su cama de nuevo. “¿Qué diablos me ha pasado?”, se preguntó. Lo último que recordaba era una voz en su cabeza. Unas imágenes de dos personas enamoradas. Anastasia era una de ellas. El otro era un joven rubio y musculoso. ¿Serían recuerdos de la anfitriona?

Sintió un movimiento a su lado. Giró la cabeza y se encontró con una sirvienta mojado una toalla en una palangana de agua fría. Se sobresaltó cuando la vio despierta.

—¿Có... cómo está, a... alteza? —tartamudeó entre el miedo y la sorpresa.

Como empleada del lord de ese palacio sabía que Anastasia había sido asesinada un par de pisos inferiores. La servidumbre y ciertos soldados, que lógicamente no tenían ni idea de lo que se cocía allí, cuando se

cruzaban con ella la miraban con terror. Pues, ¿cómo era posible que nadie pudiera sobrevivir al pelotón de fusilamiento? Era consecuente concluir que ella tenía que ser por fuerza una diosa (o el mismísimo demonio). Ante la duda, nadie la miraba a los ojos y bajaban sus cabezas cuando pasaba, conteniendo la respiración, no fuera que Anastasia les devorara el alma. “Estúpidos”.

Igualmente, aunque la contemplaran con total impunidad, tan sólo los muy allegados a la Gran Duquesa podrían ver percibir los pequeños matices que la convertían en una chica diferente. Por ejemplo, la peca bajo la comisura de su labio, que le daba un toque muy sensual y no la tenía antes. “Me gusta”.

Ahora entendía un poco qué es lo que buscaba Rasputín usándola a ella como abanderada de su causa. “Una reina inmortal a quien las balas no pueden vencer”. Pero no era muy difícil refutar esa teoría. Con una puñalada, un disparo o veneno, ella perdería su “divinidad” y volvería a los tenebrosos brazos de la muerte.

—¿Me... me permite? —rogó la sirvienta mientras se inclinaba para poner una toalla fría sobre su frente—. Estuvo con fiebre hasta hace una hora. Temimos por su vida.

Anastasia la contempló de arriba abajo. Era joven. Tal vez un par de años mayor que ella. No muy agraciada pero delgadita. Tenía el pelo desordenado, como quien había sido despeinada recientemente. Sus ropas no estaban bien ajustadas: el nudo se notaba que había sido hecho con prisa, el cuello estaba fuera de lugar y la falda estaba muy arrugada. No le hizo falta pensar mucho el tipo de trabajo que le era requerido a la sirvienta.

—¿Cuánto tiempo llevas sirviendo en esta casa?

—De... desde mi... mi infancia... No... no sabría...

—¿Desde cuándo duermes con el Lord? —preguntó directamente recibiendo una cara de espanto por parte de la joven—. No hace falta que trates de ocultarlo. Me doy cuenta de ciertos detalles. No te olvides que soy mujer.

—Por... por favor... No le digáis nada a...

—¿Es consentido? —preguntó conociendo la respuesta: no. Ciertas marcas en su cuello que estaban bien cubiertas daban cuenta del tipo de cariño que recibía. No recibió respuesta sino lágrimas—. Ya veo.

—Perdóneme, alteza... —balbuceó con la cabeza gacha.

—A partir de ahora, eres parte de mi servicio privado.

—Pe... pero mi señor no...

—Tu señor me importa bien poco. No respondes más a él. Sólo a mí. Por lo que, ahora me vas a ayudar a ponerme en pie y a bañarme.

La cara de la chica se había iluminado como quien la había librado de la muerte.

—¿Cómo te llamas?

—Yustina, alteza.

—Bien, Yustina. No te confundas: no soy tu amiga. No vas a estar más tranquila conmigo. Vas a trabajar mañana, tarde y noche. Y si es necesario yo misma te azotaré si no me cumples. Pero jamás dejaré que nadie más te ponga un dedo encima. ¿Está claro?

—Gra... gracias...

Al rato la puerta se abrió de par en par. Nikolái Ipatiev, el Lord, entraba furioso. Anastasia lo miró de reojo como si fuera la brisa la responsable del hecho. Estaba en la cama aún, apoyada en el respaldo mientras esperaba que Yustina volviera con sus ropas nuevas. “Ahora ya sé por qué tardaba”.

—¿Quién os creéis que sois para arrebatarme mi sirvienta? —dijo el Lord conteniendo un grito.

—Te convendría medir un poco tus palabras y tus modales, Nikolái. Lo que digas a continuación, puede tener serias consecuencias para ti.

—¿Pensáis que por ser Anastasia podéis hacer lo que queréis? Estáis en mi palacio. Yo os permití que descansarais y os alimentarais hasta restableceros. ¿Así es cómo le pagáis a quienes os sirven?

—Esa misma pregunta podría hacerte a ti. ¿Es lícito que el señor se acueste con su servicio? ¿Debería abusar de tu manifiesta inferioridad? ¡Ah! Cierto, lo hice. Te despojé de algo que era tuyo.

—¡Maldita cría! Te juro que te acordarás de este día.

—Te equivocas, Ipatiev. Tú te acordarás y te arrepentirás de este día. Ahora, por tu inmediato bien, espero que mi sirvienta Yustina aparezca con el vestido que le pedí hace mucho tiempo ya.

—¿Qué me vais a hacer? ¿Matarme?

—En absoluto. Estoy muy débil para hacerlo. En cambio, él sí lo hará
—dijo señalando a la puerta.

Ipatiev se volteó y se encontró con el teniente Yevgeny a su espalda con el arma en su mano y apuntándolo directamente.

—Sabéis que no se puede amenazar tan abiertamente a la familia imperial sin recibir un castigo, mi señor.

—¿Estáis locos? —preguntó fuera de sus cabales el lord—. ¡Ponéis a una niña a ocupar el sitio de aquella desgraciada y la tratáis como una reina! ¡Esta basura zarista fue la que nos condujo a la ruina! ¡La matáis en mi propia casa! ¡Y ahora la traéis de vuelta! ¡Yo no he sufrido tanto como para dejar que todo se caiga!

—Desafortunadamente para ti, Ipátiev, hemos descubierto lo que te traías entre manos.

—¡De qué estás hablando! —exclamó preocupado.

—Controlamos todas las comunicaciones que salen del palacio y hemos interceptado varios mensajes al destacamento rojo de Kazan. Si te pensabas que tu doble juego no quedaría expuesto, te confundes de persona. Nosotros somos el Ejército Negro. No tienes ni idea de lo que somos capaces. Apenas sabes la pequeñez que hemos compartido contigo. Tu traición no quedará impune.

Velozmente Nikolái sacó una pistola y abrió fuego al vientre de Yevgeny. Un sonido metálico reverberó en el dormitorio en el momento del impacto.

—¿Qué... qué diablos...?

El teniente se levantó la camisa mostrando un torso parcheado con elementos metálicos. El costillar izquierdo y los abdominales habían desaparecido quedando tan sólo un cilindro torneado con esa forma.

—Te dije. No sabes absolutamente nada de lo que somos capaces.

A continuación, abrió fuego reventando la cabeza del Lord. Sangre y sesos cayeron sobre las mantas, el camisón y el rostro de Anastasia.

—Debería reventarte la cabeza con una pala, Yevgeny. Ahora me voy a tener que bañar de nuevo.

—Disculpádmeme, alteza. Ahora mando a unos sirvientes para que limpien este desaguisado.

—Busca también a Yustina. Que me traiga un juego de toallas nuevo.

—Como ordenéis.

Mientras el teniente se iba, Anastasia comprendió de qué iba el juego. El recelo de Rasputín la noche anterior había sido por el Lord. Al parecer, Yevgeny si era digno de la confianza del monje. Habría que ver cuánto se atrevería a compartir con ella. Estaba más que seguro que se guardaría todos los detalles posibles para que asegurarse su intervención en pos de su causa. Anastasia sabía que era una pieza prescindible del ajedrez de Rasputín. “En cualquier momento mata a la reina y convierte el peón en una nueva”, reflexionó.

En cualquier caso, Rasputín había logrado un hito impresionante en la medicina, difícil de igualar. El disparo que había recibido en el torso el teniente habría matado a cualquier otra persona. “Rasputín, viejo pérfido”. El poder del que hablaba era bien real. Ella estaba viva de nuevo, el teniente seguía en pie con ese torso metálico... Era muy factible pensar que, cuando él había dicho que los muertos lucharían por ella, no fanfarroneaba. Por primera vez el miedo que inspiraba el monje no era basado en suposiciones. “Así no sólo será capaz de conquistar Rusia, sino el mundo entero”.

Capítulo 9

Image not found.

Capítulo 9

El camino a Perm estaba siendo largo, duro y aburrido. Los caballos tenían que parar frecuentemente para beber en el río, dadas las subidas y bajadas del camino. La noche tampoco era de las más luminosas. El cielo estaba parcialmente cubierto por nubes. Cuando la luna en cuarto creciente hacía sus eventuales apariciones, llegaba a iluminar levemente el camino que recorrían. “¿Había necesidad de salir con tanta premura?”, se preguntó Aleksey. Bien podrían haber esperado al amanecer.

Les llevaría un par de días llegar hasta las afueras de Perm en donde se encontraba el destacamento del que hablaba Anatoly. Continuar a esas horas de la noche hacía peligrar la integridad de los caballos y, en definitiva, la de ellos. Caer a esa hora sobre un suelo irregular, podría tener graves consecuencias. Decidieron pues, parar y descansar. Reanudarían la marcha al romper el alba.

Anatoly aseguró que no habría problema en prender una pequeña hoguera. Conocía esas tierras y la presencia de bandidos era residual. Además, la noticia de algún tipo de engendro asolando pueblos de la zona secuestrando mujeres, había empujado a los criminales a que cambiaran a otra zona más tranquila. Sabían que esa cosa era de temer.

—Entonces sabes qué le pasó a Yuli —aseveró Aleksey tras el aviso del reclutador.

—Este... estuve investigando preguntándole a algunos mercaderes —titubeó—. Hay algo por ahí fuera que rapta a mujeres de ciertas características: jóvenes, pelirrojas y ojos azules. No tiene mal gusto aparentemente.

—No... no entiendo. ¿Para qué se las querría llevar?

—Lo desconozco, amigo mío. Aunque algunos afirman haberlo visto cerca de Ekaterimburgo.

—¿No ese es un bastión rojo? Allí fusilaron...

—Sí, a la familia imperial.

—Piensas que pueda estar relacionado con...

—Con los rojos, todo es posible.

Aleksey recordó una ocasión en el que un viajero, quien por azar había tenido la oportunidad de ver a la familia real, le había comentado a Yuli, que se parecía mucho a una de las hijas menores de Nikolái. Aleksey tenía el nombre en la punta de la lengua. "Annette... Anushka...".

—¿Cómo se llamaban las hijas del zar? —le preguntó a Anatoly. Sin duda alguna, como blanco, debería de saberlo.

—OTMA. Olga, Tatiana, María y Anastasia.

—¡Eso! Una vez le dijeron a Yuli que se parecía a Anastasia.

—¡Que el diablo me lleve! Ahora que lo dices, sí. Se parece —exclamó fingiendo una sorpresa que Aleksey no creyó.

Cada minuto que pasaba tenía más dudas en su reclutador. Sabía mucho más de lo que decía. "Más le vale que no trate de jugármela o lo pagará caro", había decidido.

—¿Puede estar esto relacionado con la revolución?

—¿Para usarla en contra nuestra? —caviló Anatoly forzando su actuación—. Sí, es posible. Afirmar que la joven duquesa sigue viva puede cambiar la actitud de nuestros generales. Es la heredera al trono. Tratarían de recuperarla como fuera. La verdad Alyosha, esta información será increíblemente útil para nuestros líderes.

Lo estaba tomando por idiota. No había forma alguna que hubiera averiguado todo antes de marcharse de Krasno. De alguna forma él estaba al tanto de todo lo que estaba ocurriendo en la zona. Para el caso él era el reclutador que recorría todos los pueblos. Ya no necesitaba más pruebas de que le estaba ocultando información. Ahora bien, una voz en su cabeza le sugirió una terrible idea. Aleksey hizo un esfuerzo para no darle más vueltas. No le iba a ayudar a rescatar a Yuli.

No había empezado su labor en el ejército que ya se estaba arrepintiendo. “¡Maldito seas Anatoly!”. Si le hubiera dicho eso en Krasnovishersk, ni se habría involucrado con él. Debería hallar la manera de escapar con Ivana, aunque eso lo marcara como traidor. “Anatoly me dará caza hasta acabar conmigo”.

Pero, ¡qué diablos! Todavía no había firmado nada sobre participar con soldado para los blancos. Se podía ir cuando le diera la gana. Es más: ya había tomado la determinación de irse con Ivana nada más despertara. ¡Que se fuera al infierno Anatoly, los blancos, los rojos y todos los malditos revolucionarios! “Yo sólo quiero a Yuli”.

Mientras cenaban un cuenco de sopa de verduras y un poco de fruta, Aleksey seguía dándole vueltas a su plan de huida y la forma de escapar de las garras de los zaristas para llegar a Ekaterimburgo. Tendría que evitar los caminos principales y a cualquier viajero o comerciante. Cualquiera de ellos podría estar en la nómina de los blancos. Entonces recordó que sus provisiones dependían de Anatoly. Él no tenía mucho dinero como para alimentarse Iva y él. “¿Tendré que robarle?”. Aunque si se escapaba con el caballo, podría venderlo cuando se terminaran sus ahorros.

—¿Cómo está la chiquita? —preguntó Anatoly cortando sus frustrantes pensamientos.

—¿Ivana? Creo que mejor. Aunque sigue durmiendo.

Apenas había abierto los ojos un par de veces. Había tratado de hablar, pero ni siquiera lo susurros podían abandonar sus carnosos labios. Carecía de las fuerzas necesarias. Aleksey intentó que diera un par de sorbos a la sopa caliente, pero se atragantaba. Necesitaba alimentarse si quería

restablecerse pronto. Había perdido mucha sangre.

—Cuando necesites dormir, hazlo. Yo me quedo cuidándola.

—Te agradezco, pero no creo que pueda dormir esta noche. Demasiadas emociones.

—Deberías intentarlo. Cuando formes parte del ejército, pasarás muchas noches en vela.

Aleksey se levantó. Ganas de dormir no tenía ni la más mínima. Mucho menos dejar a Ivana sola con aquel depravado. Lo que si tenía ganas era de desahogar la vejiga. Estaba aguantándose desde que habían salido del pueblo y ya no podía más. No debería de haber problema en dejarla un par de minutos.

—Voy a mear, Anatoly. ¿La cuidas?

—Será un placer —dijo con un extraño brillo en sus ojos.

Dejó la calidez de la hoguera para internarse unos pocos metros en el bosque. Lo suficiente para no perder de vista el campamento. Escuchó entonces ruidos detrás de él. Se volteó buscando entre una impenetrable oscuridad. Podrían ser animales o forajidos. Los primeros serían fáciles de asustar. Los otros, si iban armados, podrían ser un gran problema.

De nuevo a su espalda surgió una sombra que lo tiró sobre la nieve. Otra empezó a patearlo en el vientre sin contemplaciones. Aleksey rodó escapándose de los desconocidos, se puso en pie y se abalanzó sobre el más cercano derribándolo y propinándole un puñetazo tras otro. El golpe de una rama en la cabeza lo hizo acordarse de que peleaba contra dos. Aún aturdido fue lo suficientemente hábil para esquivar un nuevo ataque, agarrar la rama con una mano y con la otra el cuello de su atacante. Apretó con todas sus fuerzas y lo lanzó hacia un árbol cercano.

Dada la poca luz no podía distinguir las ropas de esos bandidos, aunque parecían ser uniformes. “¿Rojos? ¿Aquí?”. Uno de ellos se estaba incorporando. Aleksey le propinó una patada en la cara dejándolo inconsciente. El otro se estaba tambaleando ayudándose del árbol en que se había chocado. Aleksey agarró una piedra y la estrelló en la cabeza haciéndolo caer de nuevo, esta vez sin sentido.

Los agarró por los pies y los arrastró hacia el fuego. Allí vería quienes eran y los interrogaría. Si eran de los rojos, seguramente tendrían alguna información que pudiera ser útil para encontrar a Yuli. Si fueran blancos... “Dios guarde a Anatoly si me la jugó”.

Llegado a la hoguera, encontró al reclutador besuqueando a Ivana que apenas podía defenderse entre lastimosos gemidos. Aleksey lo levantó de la camisa y lo tiró a unos escasos centímetros de la hoguera.

—¡Qué diablos te crees que haces! —exclamó enfadado.

—No se supone que volvieras... vivo —dijo mientras se limpiaba la sangre de sus labios.

—¿Qué... qué quieres decir?

Aleksey miró a los militares que le habían atacado. Vestían los tonos claros de los uniformes del ejército blanco.

—¿No se suponía que me ibas a llevar a Perm para alistarme?

—¿Estás loco? Bajo ningún concepto te iba a llevar a Ekaterimburgo. Tengo una fachada que me costó toda una vida como para desecharla sólo por ti.

—¿Có... cómo? —preguntó desorientado.

Aquella voz en su cabeza gritó con más fuerza haciendo imposible ser ignorada. Él era un agente rojo que había sondeado los pueblos en busca de jóvenes pelirrojas. Él era el responsable de la muerte de Olga, de las heridas de Ivana. ¡Del secuestro de Yuli! ¿Cómo si no iba a saber tanto?

—Tu muerte estaba más que escrita cuando decidiste ir a por Yuliya —continuó mientras se incorporaba—. Ivana será útil en los campamentos del ejército negro. Los soldados necesitan mujeres que los motiven. Una preciosidad como ella, sería un buen aliciente para ganar batallas.

—¿Ejército negro? ¡Qué demonios está pasando aquí!

Rojos, blancos y ahora negros. Tres manifestaciones distintas de monstruos y criminales. La guerra no tenía para nada que ver con el bienestar del pueblo, sino de cumplir los más tenebrosos deseos de unos líderes corruptos hasta la médula. Y a los zaristas y a los comunistas, se unía una nueva clase de malvados que Dios sabía qué mentira contarían para lograr adherirse nuevos adeptos. "Rusia está condenada".

—¿Tienes que ver algo con el secuestro de Yuliya? —preguntó finalmente.

—¿De verdad quieres saberlo? Eso te va a costar la vida.

—No lo creo —aseguró mientras se arrodillaba sobre uno de los soldados.

Colgado del cinturón había una funda con una pistola con apenas tres balas en el cargador. O eran muy pobres como para no tener más munición o ya las habían usado con algún otro pobre desgraciado.

—No sé qué te crees que estás haciendo, Aleksey. Suelta esa pistola —ordenó con una gota de sudor cayendo de su frente.

—Responde a mi pregunta.

—No creo que seas capaz...

Aleksey cargó la pistola y disparó a uno de los soldados. El error de Anatoly fue pensar que no iba a necesitar nunca un arma. Siempre se había enorgullecido con todos, que su mejor arma era su conocimiento. Ahora más le valdría usarla, antes que fuera muy tarde para él.

—¡Te has vuelto loco! ¡Has... has matado a uno de mis hombres! ¡Esto no va a quedar así!

Visto que Anatoly no parecía muy dispuesto a hablar, volvió a abrir fuego al otro. De aquellas cabezas empezó a manar sangre junto a otro fluido más coagulado y de color más oscuro. Jamás había estado más seguro de nada.

—¡Responde! —exclamó mientras apuntaba a él—. Me queda una bala más para ti.

Anatoly tragó saliva. Aleksey había dejado claro que no iba de farol.

—S... sí. Trabajo para el e... ejército negro... Mi mi... misión era buscar jóvenes que se parecieran a Anastasia. ¡Te juro que no sabía que se la iban a llevar!

—¿Piensas que soy idiota? ¿Te piden buscar chicas tan particulares y piensas que nada les iba a pasar? ¿Que estaban censando a las pelirrojas de la zona? El papel de ignorante no te pega.

—Me... me necesitas para llegar a Ekaterimburgo... —suplicó Anatoly sabiendo lo que le esperaba.

—Te equivocas, Anatoly. No necesito a una rata traicionera como tú.

¿Cuántas familias más habría destruido aquel bastardo y los suyos en búsqueda de una segunda Anastasia? Hombres y mujeres desesperados, chicas perdidas o asesinadas. "Por favor, sólo pido que Yuli esté bien".

Para colmo, no sólo había pretendido matarlo a él, sino abusar de Ivana y llevarla al frente para que viviera un infierno en vida. No había forma que

podiera quitarse aquello de la cabeza. ¿Tanto mal podría planear y hacer el hombre?

—Necesitas salvoconductos, recursos para viajar. No sabes quién puede ser o no amigo.

Sin pensarlo más, disparó. El cuerpo de Anatoly cayó como un peso muerto sobre la nieve, manchándola de sesos y sangre.

—En esta nueva Rusia, no hay amigos.

Capítulo 10

Image not found.

Capítulo 10

—Querida Nastia, acompáñame a recorrer nuestro arsenal —pidió Rasputín emocionado.

Esa noche si había dormido bien. Su cuerpo se estaba tan restableciendo del trauma del retorno que apenas le dolía nada. Era un alivio poder levantarse, caminar, comer, beber... en fin, hacer cualquier cosa, sin que una punzada lo frustrara todo. “Casi se puede decir que estoy preparada para lo que sea”, reflexionó optimista de las nuevas posibilidades.

Tenía ganas de probar su capacidad en actividades que suponían un esfuerzo físico considerable. Se había atrevido a hacer un par de series de sentadillas, abdominales y espinales que no provocaron nada más que las molestias típicas de unos músculos no acostumbrados a ejercitarse. “Voy tener que ponerte en forma nena”, pensó mientras acariciaba su vientre.

Entre tantos cambios, había otro del que no había reparado hasta que no fue a dormir la noche anterior: la autoridad. Ya no era la niña que dependía de las decisiones de sus padres, maestros o consejeros. Anteriormente no había tenido ni voz ni voto en materias que afectaran al futuro del imperio. No era un tema en realidad de ser la más pequeña de sus hermanas, sino de edad. "Creo que nadie jamás me pidió alguno". Anastasia sabía que no tenía experiencia como para ayudar en ningún tema de importancia, pero le habría gustado que alguna vez le preguntaran su opinión.

Era irónico, que al hombre que tanto había detestado (y aún seguía haciéndolo) le diera ese lugar de poder. "Obviamente a Rasputín lo mueve la conveniencia, no la filantropía". Necesitaba una diosa inmortal para iniciar una dominación que empezaría por Rusia y terminaría... "Donde tenga que terminar".

No obstante, Anastasia no quería convertirse en una despótica emperatriz. Necesitaba que gobierno y pueblo se unieran. Si querían perpetuarse, tenían que tener contentos a su gente. "Nuestros errores nos llevó a la ruina". Las malas decisiones de sus padres habían llevado que los políticos dejaran de creer en un imperio de tres siglos de antigüedad. La revolución que, derivó en una guerra civil, fue inevitable. "Si hubiéramos sido más hábiles esto no habría pasado. Mucha gente sigue muriendo. Tengo que ponerle fin a esta calamidad".

—¿En qué piensas, Nastia? —preguntó Rasputín.

Nuevamente se estaba permitiendo ciertas familiaridades que a ella no le agradaban en demasía. La tuteaba como si estuvieran al mismo nivel. "No me respeta. Se cree que soy una niña tonta que puede mangonear. Su títere". Para Rasputín, ella no había crecido. De alguna forma estaba negando su paso a mujer de plenos derechos. "¿Acaso sólo soy apta para engendrar hijos?".

—En lo difícil que va a ser gobernar a Rusia y el mundo cuando estemos en el poder —respondió tras unos segundos de reflexión.

—¿Difícil? No veo por qué.

—Eso demuestra por qué no todos estamos preparados para gobernar —replicó contundentemente Anastasia—. Desde niña, fui instruida en muchas artes de gobierno y cómo ejercer autoridad. Entre muchas fantasías, había una cosa que sí era cierta: el pueblo es quien nos mantiene. Desde el más rico, hasta el más pobre. Desafortunadamente no se puede tener contentos a todos. Por lo que hay que buscar el bien de la mayoría. Si beneficio sólo a los pobres, tendré a la nobleza conspirando en mi contra. Si ocurre lo contrario, será gran parte de mis súbditos los que busquen mi caída. Tengo que contentarlos a los más que pueda, para que

mi cabeza no corra peligro. Además de mi propia experiencia, en los libros tenemos varios ejemplos como termina la historia. No volveré a cometer el mismo error.

—El miedo es el arma más fuerte, Nastia. Cuando conozcan tu poder, tu... inmortalidad. Nadie será capaz de oponerse a tus deseos.

—Por lo visto no me estás escuchando, Grigori. ¿Acaso no fue Julio César apuñalado por su gente más cercana? ¿Cuántas veces Francia se opuso a sus reyes y gobernantes? Nosotros somos también un ejemplo. No es que fuéramos débiles. No importa lo fuerte que seas, siempre se puede caer.

—Siendo los dueños del mundo, ¿quién se te puede oponer?

—Los millones sobre los que señoreas.

—Todavía te queda mucho por conocer, Anastasia.

—Entonces enséñame —expresó con más desconfianza que le habría gustado reflejar en sus palabras.

—A eso voy.

Recorrieron varios pasillos iluminados pobremente que corrían bajo el palacio de Ipátiev. Tras varios giros de esquinas y descensos de tramos de escalera, llegaron a una gran puerta que les franqueaba la entrada protegida por dos guardias. Grigori la abrió e invitó a Anastasia al gran espacio abierto en donde había gente trabajando frenéticamente y moviéndose de un lado a otro. Sonidos metálicos, detonaciones y gritos eran fácilmente audibles. “¿Qué diablos están haciendo aquí?”.

Circularon alrededor de varias mesas sobre las que reposaban revólveres, pistolas y un extraño tipo de bayonetas con varios engranajes que parecía proyectar tanto balas como cuchillas. Distintas personas vestidas con largas batas de color blanco probaban aquellas armas, unos contra blancos fijos, otros contra blancos móviles. Le horrorizó ver como los móviles eran hombres, en un estado deplorable, y animales.

—¿Qué significa esto? —preguntó atravesando a Rasputín con la mirada.

—Nuestros conejillos de indias. Traidores y asesinos del ejército rojo. La misma gente que pudo haber evitado que te mataran. Me sorprendería que mostraras clemencia con ellos.

—Si así es, fusiladlos. No los torturéis de esa manera. Es inhumano.

—Lo mismo que ser acribillado a balazos y rematados sin compasión a

bayonetazos.

Tenía razón. Si pensaba que aquellos hombres habían participado en su muerte y en la de su familia, aquel tormento entonces era muy liviano. "A esto me quieres llevar. Quieres borrar toda compasión de mí".

—Como ves nuestras armas son muy potentes —explicó dejando de lado el tema—. Justo lo que necesitamos, dado que, como indicaste en nuestra cena, de momento somos menos que nuestros enemigos. Pero esto no es todo. Tienes que conocer a nuestros soldados más resistentes y más fuertes que sus rivales. Y reusables.

—¿Reusables? Estamos hablando de personas o ropas.

—¿Te enseñó Yevgeny su abdomen? —Anastasia confirmó—. El recibió heridas muy serias hace varios meses en unas de las batallas. Era parte del ejército rojo y fue dado por muerto. Yo lo encontré. He de reconocer que experimenté con él, mas ahí lo ves: vivito y coleando.

—¿Cuánto de él sigue quedando? Es decir. ¿Cómo sabemos que esto no lo afectó? Una cosa es seguir vivo, pero otra es aceptar que... ya no es tan humano.

—Eso es parte de mi trabajo. Yo me aseguro que todos y cada uno de los resucitados (así me gusta llamarlos), no son un peligro para nosotros.

—Algún día me tendrás que enseñar cómo haces eso —indicó Anastasia.

Tenía ciertas dudas relativas a la fidelidad de aquel ejército. Viniendo de Rasputín, los induciría a protegerlo sin importar circunstancias o razones. Una más que lógica medida de seguridad. "El creador no debería ser aniquilado por su obra".

—Y como yo, ¿cuántos hay? —preguntó con mucha curiosidad.

Algo la forzaba a creer que ella no era esa rara avis, la obra culmen de Rasputín. Siempre había sido bastante hermético en cuanto a sus intenciones. Y aquellos logros que se atribuía, algunos parecían ser obras demoníacas. "¿Qué me estás escondiendo?".

—Ninguno. Tú eres única —respondió como si aquello fuera una declaración romántica—. Es necesario hacer un gran esfuerzo para lograr una gesta de tamaña magnitud. No podíamos resucitarte porque ya era muy tarde cuando te encontramos. Pero si era factible llevarte a otro cuerpo. Te repito. Fue un proceso muy complejo en el que fue necesario mucho trabajo y sacrificios.

Anastasia dudó si refería a un sacrificio literalmente hablando. “Viniendo de él. Es probable que este cuerpo no haya sido el único con el que haya probado”.

—¿Fue este el único cuerpo con el que probaron? —preguntó directamente.

—Me gustaría poder decir que sí, pero me temo que no. Tienes un espíritu muy especial por lo que no todos pudieron alojarlo.

—¿Cómo encontrasteis a estas chicas?

La respuesta que pudiera emanar de esa pregunta creaba un gran temor en Anastasia. Gente como Rasputín no pedía las cosas educadamente y aceptaba un no por respuesta. En el pasado había manipulado a su madre para la toma de decisiones que afectaba tanto a la familia como al gobierno del imperio. Estaba claro que él sabía que no podía emplear la fuerza contra ellos, hasta el final del reinado de su padre. Allí era cuando los había traicionado a todos, porque, por mucho que se molestara en negarlo, muchas fuentes habían confirmado que había sido Rasputín quién había permitido a los comunistas entrar en el palacio y capturarlos. Así que, para lograr la participación de esas jóvenes, las habría coaccionado, amenazado o incluso secuestrado.

—Creo que ya te dijo Yevgeny que se habían presentado voluntariamente, Anastasia.

—¿Publicasteis acaso un anuncio en los periódicos que estabais haciendo un casting en busca de alguien que se pareciera a Anastasia? —preguntó mordaz. Sonaba todo improbable. Demasiado improbable.

—No voy a irme por las ramas, dado que no te gustan mis discursos, pero salve decirte que teníamos cazatalentos en varios pueblos de la zona buscando mujeres que guardaran cierto parecido contigo.

—Dudaría mucho que supieran al detalle para lo que se inscribían.

—Es cierto. Dada la naturaleza de nuestros planes, les ofrecimos un cuantioso pago por todos los riesgos que implicaba que se marcharan con nosotros.

—¿Bajo qué ejército se escudaron para esto?

—El blanco. En esa zona no podríamos presentarnos de otra manera. No te preocupes, querida Nastia. Les dijimos que sería vital su ayuda para poner fin al conflicto. No era sólo dinero, sino también amor por su patria.

—¿No sobrevivió ninguna de las otras chicas? Me gustaría hablar con ellas y agradecer su colaboración a la causa.

—Unas pocas lo hicieron, pero tras tu resurrección las dejamos volver con sus familias. No tenía sentido que se quedaran.

—Me alegro. Entonces tendré la oportunidad de verlas cuando la situación esté controlada, ¿no Grigori?

Dudaba mucho que ninguna de ellas hubiera regresado sana y salva a su hogar. Anastasia no lograba comprender por qué diablos estaba pensando en colaborar con alguien así. “¿Acaso él es una clase menor de mal?”. ¿Podría ella moldear al imperio a su imagen y semejanza una vez hubiera conseguido el poder? “Así será, Rasputín. Tú me servirás hasta que yo reine sobre todos. Y después...”.

—Así será, mi adorada emperatriz.

Rasputín sólo la trataba por su rango cuando quería complacerla o simular sumisión. “Nada más lejos de la verdad”. Era peligroso. Y tenía que tenerlo cerca para controlar cada uno de sus movimientos. De otra forma, se exponía a ser apuñalada por la espalda y, tras las pasadas experiencias, no podía esperar otra cosa de él.

Avanzaron dejando unas salas cerradas en donde se escuchaban fuertes sonidos de golpes de metal y más gritos amortiguados.

—¿Qué me llevas a ver ahora? —preguntó con aprensión.

—Nuestra supremacía no sólo será obtenida con nuestros voskresshiye, nuestros resucitados. Necesitamos un grupo de soporte, bien protegido, sin miedo ni dolor. He aquí: los olovanikh. Nuestros hombres de hojalata.

Avanzaron hasta llegar a una pesada puerta. Rasputín puso un engranaje con forma de sol que hizo de llave y les permitió la entrada en una oscura habitación. Siguieron caminando hasta que llegaron al centro de la estancia. A pesar de las pobres condiciones de luz, Anastasia pudo distinguir varias figuras del mismo tamaño dispuesta de forma ordenada. De ellas sobresalía una particularmente alta que podía alcanzar fácilmente los seis metros de altura.

Rasputín se perdió de la vista de Anastasia, quien resistió por no regresar corriendo a sus aposentos. “¿En qué está pensando el monje este?”, se preguntó un poco asustada.

Un repentino destello de luz desterró a las tinieblas de la habitación. Anastasia parpadeó repetidas veces tratando de acostumbrar su vista a las nuevas condiciones. Alrededor de Anastasia se encontraba un ejército de cerca de miles de hombres de metal, con sus facciones fijas en un mohín de furia. Ella se sintió un poco abrumada por ellos. Los sentía más allá de la vida, cercanos a la muerte. Como un ejército de demonios que sólo buscaban sumar más almas al infierno.

—Entre los resurrectos y nuestros hombres de hojalata nuestro ejército será indestructible. Pero aún hay otra sorpresa más, alteza —expresó con misterio y emoción—. Daos la vuelta y contemplad el Metalmedved: el oso metálico. Nuestra más grande y poderosa arma.

Anastasia giró sobre su eje impaciente por conocer a esa maravilla de la ingeniería. Sus ojos se abrieron de par en par cuando reconoció a la bestia. No pudo frenar el grito de miedo. Desde el fondo de su consciencia salió ese terror que sobrepasaba todas las barreras de la lógica, de un sueño malhayado. Y ella sabía por qué: la dueña de aquel cuerpo había sido apresada por aquel monstruo.

El cuerpo de Anastasia empezó a obrar con voluntad propia. Le urgía la necesidad de abandonar aquella sala a como fuera lugar. No podía estar en ese sitio con aquel maléfico ser. Temía que volviera a la vida la apresara y desgarrara su piel tal y como había hecho con la casa en la que había vivido. “¡Mi casa no fue destruida! ¡A mí no me secuestró! ¡Por qué no me respondes cuerpo!”. Mientras corría esquivando a los hombres de hojalata, tropezó y cayó sobre uno de ellos, provocando un efecto dominó que precipitó a un par de ellos sobre ella.

—¡Sácame de aquí! ¡Sácame! —pidió a gritos mientras la locura vencía a la cordura.